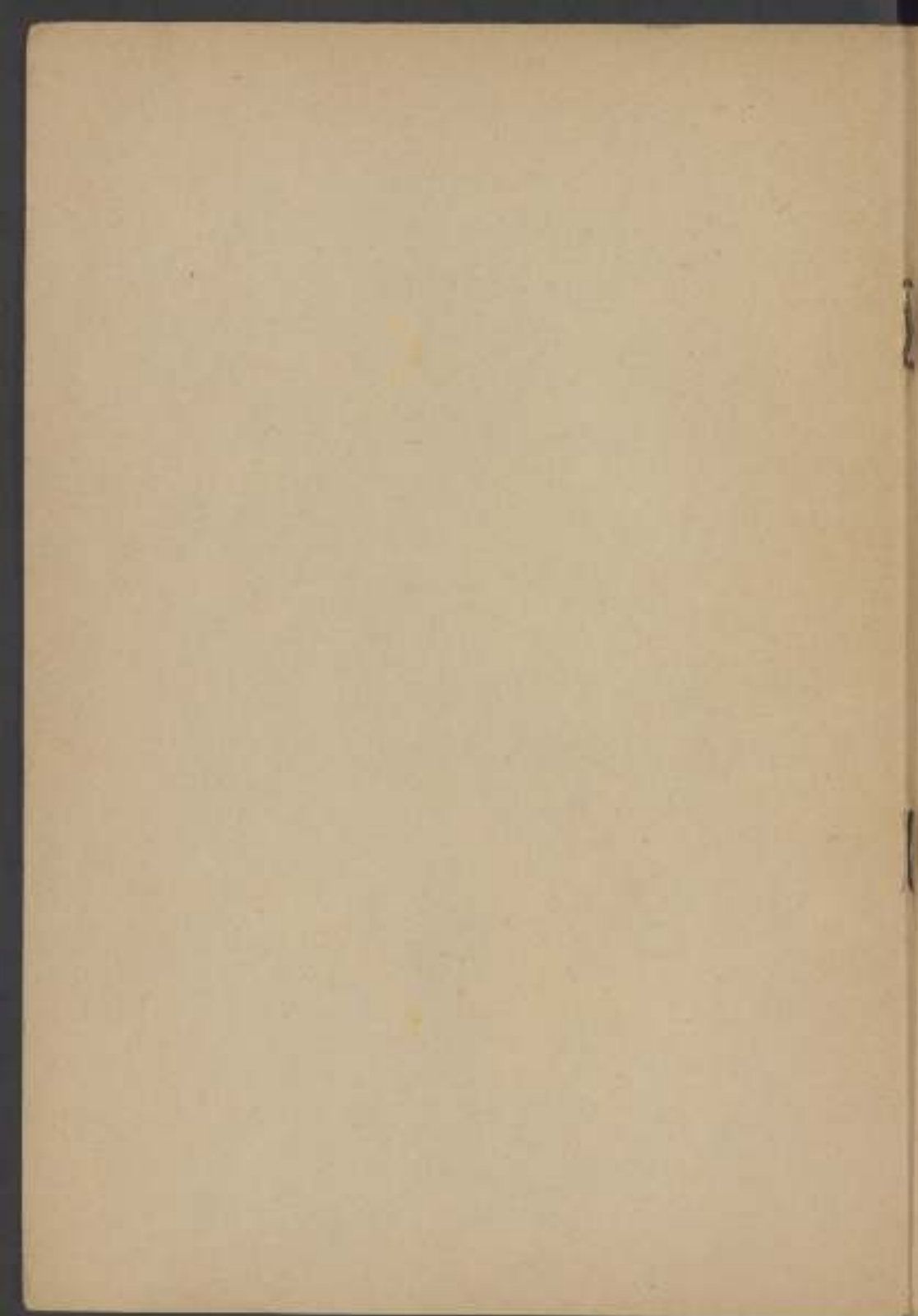


# Mare Nostrum





"MARE NOSTRUM"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN  
REVISADO POR LA CENSURA  
GOBERNATIVA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción y Administración: Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono A-4423

## "MARE NOSTRUM"

Adaptación cinematográfica de la novela de  
V. BLASCO IBÁÑEZ



PRODUCCIÓN

"NON PLUS ULTRA" METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

METRO-GOLDWYN CORPORATION

MALLORCA, 220

BARCELONA

ARGUMENTO NARRADO POR FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

## REPARTO

### EN EL PRÓLOGO:

El Tritón . . . . .	<i>Uni Apollon</i>
Don Esteban Ferragut . . . . .	<i>Alex Novo</i>
Ulises, el hijo de don Esteban. . . . .	<i>Kada-Abd-el-Kader</i>
Tío Caragol. . . . .	<i>Hughie Mack</i>

### EN EL RESTO DE LA PELÍCULA:

Freya Talberg . . . . .	<i>ALICE TERRY</i>
Ulises Ferragut. . . . .	<i>ANTONIO MORENO</i>
Cinta . . . . .	<i>Mlle. Kithnou</i>
Esteban . . . . .	<i>Michael Brantford</i>
Toni . . . . .	<i>Frederick Mariotti</i>
Doctora Fedelmann . . . . .	<i>Mme. Paquerette</i>
Conde Kaledine . . . . .	<i>Fernand Matly</i>
Comandante del sumergible . . . . .	<i>Andre von Engelman</i>

*etc.*



A REX INGRAM, El formidable director de maravillosas películas, con simpatía y admiración, y en cuyo honor reproducimos a continuación la carta que el autor de la novela le dirigió a raíz de la visión en el mudo escenario de la adaptación de su obra.

WALTER BLASCO IBARRI  
CALLE PRINCIPAL 1023  
BARRIO LA VILLA DE SAN CARLOS  
Buenos Aires  
Teléfono 1023  
Cablegramas 1023

El Octubre 1935

Querido amigo Ingram:

Mi esposa y yo hemos experimentado

una honda impresión viendo el film que ha hecho usted de su novela "Cura Bontrux", que inmediatamente manifestaría nuestro entusiasmo.

Es, especialmente, la ley las gracias por el amor sagrado con que ha sabido interpretar el novela. Del sea la tolas las novelas que lieto auró las "Cura Bontrux" es la preferida, y por lo mismo solo a un gran artista como usted podía darle para que la tradujese al cinema, sin sentir dudas sobre el material con que interpretaría su obra.

En adaptación, la dirección de las escenas, los artistas, el decorado, la parte fotográfica, todo es excelente.

Espero la certeza de que "Cura Bontrux" marcará un gran avance en la historia de la cinematografía y es para mí, amorosa satisfacción, que el nombre vega unido a tan magnífico progreso. Alice Tooty es una artista maravillosa, una Freya tal como yo la imaginé al escribir el libro. Mi compatriota Antonio Marín concuerda a la perfección el tipo del escrito Perrogat, lo que no me sorprende pues es actor de gran talento y muy versátil.

Me doy cuenta de que "Cura Bontrux" ha sido muy difícil de realizar cinematográficamente, debido a causa de las muchas dificultades que he tenido usted que vencer, pero el resultado resultará obvio: gracias a gente de gran artista.

Afectuosos saludos de su amigo

Walter Blasco  
Ibarri

## LA SIGNIFICACIÓN DE "MARE NOSTRUM"

MARE NOSTRUM traducido del latín significa Nuestro Mar.

Es el nombre clásico dado por los romanos al Mediterráneo después de conquistar a todos los países que encierran al famoso mar.

El nombre Mediterráneo quiere decir encerrado en medio de tierras. Se le dió este nombre porque el Mediterráneo está casi rodeado de tierra. Su única abertura natural es el Estrecho de Gibraltar. Si no fuese por el agua del Atlántico que entra por el Estrecho de Gibraltar, el Mediterráneo ya se hubiese convertido en un gran desierto de sal, pues pierde por evaporación tres veces más agua que la que recibe de sus ríos afluentes.

MARE NOSTRUM (Nuestro Mar) tiene muchas leyendas que han llegado a nuestros días desde los tiempos de la antigua Grecia. Las más conocidas son las de Neptuno, el dios del mar, Anfítrita, la diosa del mar; y la de los Tritones, los poderosos hijos de Neptuno.

De estas tres leyendas la más conocida es la de Anfítrita, la diosa de MARE NOSTRUM (Nuestro Mar), y tiene un papel muy importante en esta película.

Por suerte, en las ruinas de Pompeya se encontró un fresco de Anfítrita ejecutado por un artista que lo firmó con las iniciales A. D. J. C.

Rex Ingram encargó al pintor español Pablo Arriaran la reproducción de este bellísimo fresco y este artista pintó el cuadro en los estudios de Niza usando como modelo a la bellísima Alice Terry.



# "MARE NOSTRUM"

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## PRÓLOGO

### LA IRRESISTIBLE DIOSA

En la Marina, pequeño rincón bello y poético de las costas valencianas habitado por pescadores, la vida transcurría tranquila y azarosa como en todo pueblo que se nutre del mar.

Los lugareños, de rudo continente, desafadores y amigos eternos del sol y de todos los vientos, ocultaban en su fondo, como mi adorado mar, tesoros inapreciables que prodigaban en torno de sí como bienaventurados que basaran su felicidad en la de los demás.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, éstos futuros lobos que ya mostraban sus afilados y deslumbrantes dientes como dispuestos para la lucha heredita-

ria en los amorosos brazos de las olas que besan y matan como mujer celosa, se ocupaban en los trabajos de la pesca.

Los hombres viriles, para los cuales no contaba la edad sino la potencia de sus nervios, se arriesgaban temerariamente en la inmensa cuna de sus ansias, meciéndose en ella como un niño que no teme al peligro porque no le conoce, y que a veces queda dormido para siempre sin tiempo para quejarse...

Las mujeres y los viejos, con los que se confundían los rapaces que no se sentían todavía con ánimo suficiente para acompañar a sus mayores mar adentro, tejían o reparaban redes y apa-

tejos, apesando a su manera con verdaderos iludón, tirando boquetes, muchas de moradorea, gemas de la infinita mina azul.

En el mar, los pescadores eran verdaderos héroes anónimos, y contrastando con su energía, vivacidad y constancia inmutable durante largas horas de pesada labor arrancando su alimento a los fondos salados, en tierra tenían apariencia de hoguera sofocada.

Al saltar de sus embarcaciones a la playa, el afán de descanso parecía haber puesto un velo entre lo que pudiéramos llamar el pescador y el hombre. Aquél desaparecía al salir del mar y éste se presentaba de pronto fumando una buena pipa y enciendiéndose a la hora un yugo de bayas para depositarla en las calientes arenas.

Era lógico. La cercanía del hogar ofrecía al esforzado cabeta las delicias tan dulces de saborear después de una buena jornada, de la tranquilidad al lado de su mujer y prole, como un rey rodeado de sus súbditos y afectivos vasallos.

El pescador de mayor prestigio en aquel rincón valenciano era el Tritón, apodo que a uno de los Ferragut, antigua familia del lugar, le habían puesto sus vecinos por su pasión por el mar, en el que se había pasado la mayor parte de su vida, como buen hijo de Neptuno.

Era el Tritón un temperamento recio y emprendedor, fanático de su mar.

tal vez porque tenía arenas que le sorbían el seso, casi tanto como las que encontraba a ras de tierra, o quizá esto último era una consecuencia de aquello, una prolongación.

En efecto, las faldas eran el flaco del furido marino; por lo que en el pueblo las mujeres, al cruzarle, se apresuraban a alejarse de él, como si lo hicieran de un peligro inminente.

Mucho hombre era el Tritón, y a buen corazón no había tampoco quien le ganase.

Para el veterano señor del mar no había más que dos cosas por las cuales estaba dispuesto a todos los sacrificios, y éstas eran, en lugar honorífico su mar, y luego su sobrino, el simpático y vivarachito Ulises.

El pequeño, que iba ya en camino de ser un hombre, era un admirador ferviente de las proezas náuticas del Tritón, y como éste de su apodo de noble del mar, el muchacho se sentía orgulloso de su nombre, que le fué impuesto por su padrino, un poeta, en memoria del célebre rey de Itaca, caudillo de la guerra de Troya, cantado por Homero en su *Odisa*.

Ulises no vivía en la Marina, pero aprovechaba los viajes de su padre, don Esteban Ferragut, notario de la capital levantina, al tranquilo lugar, para reunirse con su tío, embelaciéndose en sus relatos fantásticos de sus andanzas por todos los mares del mundo.

En ocasión de uno de los viajes del

notario, el Truón, que experimentaba una alegría inmensa al ver de nuevo a su sobrino, a quien imbuía sin dificultad ni oposición su pasión por el mar, le sometió a un examen, para comprobar los progresos que hacía en sus estudios navales a la callada.

Tío y sobrino se hallaban en la casa que los Ferragut construyeron en la Marina. Muchos miembros del fecundo árbol genealógico la habitaron. Era una casa sencilla y amable. Databa de mucho tiempo, y sus paredes habían sido testigos de inalienable y hereditario valor a toda prueba.

Los Ferragut fueron cazadores de piratas muertos en otros siglos, contrabandistas a ratos y navegantes en todas las épocas.

El Truón, sentado frente a su sobrino, le preguntó con la seriedad de un catedrático en día de "gran prueba":

—Ulises, ¿qué clase de barco es este?

Con el brazo derecho extendido le señalaba un barco en miniatura de madera, primorosamente construido y llevando a bordo todos los aparatos de que estaría dotado si tuviera las dimensiones normales.

Ulises contempló unos momentos la obra de arte que su tío consideraba como su mascota y que no vendería ni por una fortuna, por ser el símbolo de intrepidez y laboriosidad de sus ascendientes, y respondió:

—Una fragata.

La barba ensortijada del Truón tembló al contraerse su rostro de sorpresa por la réplica del atolondrado alumno.

—De modo que una fragata, ¿eh?

Ulises, comprendiendo que se había equivocado, miró con ojos implorantes al adorado pariente, anheloso de desarmar su indignación.

Pero el rudo lobo, haciendo, para abrumar a Ulises y estimularle a ser más aplicado en lo sucesivo, que no podía perdonarle fácilmente su torpeza, prosiguió con gravedad:

—¿Tres capat de confundir un bergantín con una fragata? Eetoooc, ¿qué diablo os enseñan en el colegio?

Ulises sintió agudarse en sus párpados lágrimas de vergüenza, y las iba a deprimir, para demagogar su pena, cuando el Truón, cuando su venerable barba de aguiarse, desarrugó el entrecejo y dejó que sus labios se dilatasen para sonreír al azorado pequeño.

—Ven aquí, muchacho, y mírame a los ojos. Así. Estoy seguro de que la próxima vez que nos veamos vas a contestarme como un hombre a todas las preguntas que te haga. ¿Verdad que sí?

Ulises se acercó a su tío, y fijos sus ojos, con gran cariño, en los suyos, accedió a su vez, prometiéndole, hablando conago, que aprovecharía de igual modo sus consejos y repriminaciones.

El Truón, para demostrar que creía en Ulises, viendo ya en él un hombre de palabra, gritó a un amigo de la casa que se hallaba preparando bebidas en



la cocina, convertida por él en una especie de laboratorio de combinaciones raras:

—¡Tío Caragol, dos buenos vasos de vino para dos marinós!

El aludido contestó instantáneamente:

—Ya voy.

Pero no fué al momento.

Era el caso que tío Caragol tenía cierto encargo que cumplir, y lo estaba cumpliendo cuando el Tritón le llamó. Tratóbase nada menos que de satisfacer una exigencia de su bolsa digestiva, que, a juzgar por el envoltorio carnal, debía ser por lo menos del volumen de un saco de harina colmado de cabo a rabo.

Tío Caragol era un buen hombre. Con esto quedaría dicho todo, pero es conveniente saber que, además de conocerle por un alma de Dios, gozaba de popularidad en la Marina por su gordura monacal, su carácter manso, de borrego, siempre que no le llevaban la contraria, y, sobre todo, por su especialidad en elaborar mixturas alcohólicas que quitaban el sueño malo.

Buen amigo del Tritón, tío Caragol sentía asimismo mucha simpatía hacia Ulises y lo mimaba como su tío, deseando, al igual que éste también, que fuese marino.

Otra cosa tenía el tío Caragol que le hacía inconfundible a varias leguas: su indumentaria, compuesta de un pantalón en cuya confección no había escaseado la tela, para que su oronda pan-

za se acomodase con toda comodidad y con reservas, por si aumentaba; de una camisa, casi siempre flotando al aire, a guisa de blusa; y de un sombrero de palma, un remedo de sombrero, pues a su rostro de luna llena no correspondía un par de alas insignificantes, sino dos alas al estilo de las que usan en el Oeste americano los más o menos reales vaqueros.

En una palabra, el tío Caragol era todo un tío... un tío raro; y por si algo le faltaba, era más fanático que esas viejas devotas que rumborean, inconscientemente ya, en la iglesia a esa hora en que el sacristán está mirando el reloj con ansia de cerrarla.

El Tritón, en vista de que el tío Caragol no aparecía con lo pedido, tomó ligeramente para darle a entender que acudiese presto; pero el buen hombre, que como tal hacía las cosas con cachaza, siguió empujando el codo, que a tal operación se hallaba entregado, rotundose el estómago con un buen trago de vino que manaba de ventero porrón.

Al poco el "fabricante de bebidas" satisfizo el deseo del Tritón, apareciendo ante él y su sobrino con una bandeja en la que había tres vasos, que cedían del cuarto de litro, de sabroso néctar.

El Tritón había encargado dos vasos, pero como, según sus ideas, todos somos hermanos, el tío Caragol llenó un tercer vaso, para su hermano, y su hermano era él.

El Tritón dió uno de los vasos a Ulises, tomó el otro, tío Caragol se separó oportunamente el suyo, y colocándose frente a la imagen pintada en un cuadro que ocupaba un sitio distinguido en la casa, el enamorado del mar alzó su vaso y brindó.

—¡Por Anfítrita, la diosa de nuestro mar!

Ulises bebió, como los hombres, el vino de su vaso, y como hipnotizado por los ojos acariciadores de la bella diosa representada en el cuadro de su tío, la miró sin cesar, acercándose a ella sin noción de lo que hacía, impedido por una fuerza misteriosa.

El Tritón le contemplaba con interés, en tanto que el tío Caragol, alzando sus hombros, demostraba que a él no le importaban los dioses del mar, fuesen del sexo que fuesen, sino los santos del cielo, que esos sí que, a su modo de ver, y veía poco, existieron y se hallaban ahora descansando de su vida ejemplar en el reino que está más allá del sol.

Al fin Ulises se decidió a dirigir una pregunta a su pariente.

—Tío, ¿es cierto que existe esa señora?

El Tritón, en tono solemne, repuso:

—¡No ha de existir!.. La he visto con estos ojos, y algún día la verás tú también.

Ulises no apartaba su vista del cuadro, y el Tritón, cual si recordase hechos acaecidos y de los que él había

se sido protagonista, explicó al muchacho que Anfítrita se paseaba por su palacio del mar en una concha de nácar de la que pujaban majestuosos delfines.

Inasaciable en amores, la diosa recorría sus dominios dando, entre suspiros y gestos voluptuosos, imperiosas órdenes...

Y así terminó el Tritón sus explicaciones:

—Esta diosa, Anfítrita, madre y amante de los que navegan en el Mediterráneo, es la que encuentra siempre a los que desaparecen en las olas de nuestro mar.

Ulises no dudaba de las palabras de su tío, y entusiasmado, con el ardor del adolescente al que hieren el acicate de las aventuras, murmuró adorando a la bella imagen que alguna vez llegaría a ver:

—¡Anfítrita!.. ¡Anfítrita!..

Tío Caragol, desconforme con las leyendas de que tanto gustaba hablar el Tritón, dijo a Ulises, para quitarle de la cabeza las mortíferas ideas que pudiera haberle inyectado la verbosidad del apasionado navegante:

—No hagas caso de semejante patraña. ¡Qué ha de valer esa señora diosa comparada con la Santísima Virgen del Puig, que es la que ampara a los navegantes!

Atropelladamente, con sus adiposas manos arrancóse tío Caragol las medallas y cruces milagrosas que llevaba

colgadas de su enorme cuello, y se las dio a Ulises, para que, poniéndose las encima, tuviese fe en el cielo, que le libraría de todas las supersticiones de tierra y mar.

El Tritón hizo vibrar las paredes de la estancia con sonoras carcajadas, arrancadas de su férrea caja por la idiosincrasia de tío Caragol, en tanto que éste se reintegraba con la conciencia muy tranquila a su "laboratorio" instalado en la cocina de su noble amigo.

Ulises, que consultaba por intuición y entusiasmo en las creencias de su tío, se abrazó a éste, estrechándose contra su pecho, como si quisiera, para parecersele mejor, incrustarse en él.

El Tritón, sonriendo como un añado abuelo, correspondió a las efusivas demostraciones de cariño del muchacho, y eran cada vez más fuertes sus deseos de hacer de su sobrino un marino con todas las de la ley y más todavía.

En aquel momento y cuando menos se le esperaba, apareció en la casa de los Ferragut el padre de Ulises.

Don Esteban, revestido física y moralmente del ropaje señorial de los hombres de letras, manifestó con sus escudriñadoras miradas la desagradable impresión que le causaba ver unidos con el lazo de un ideal común a tío y sobrino.

En efecto, ni a él ni a su esposa les resultaba grata la simpatía que se profesaban el Tritón y Ulises, pues no se les había ocultado que, contrariamente

a sus anhelos, el muchacho sentía predilección por la carrera de marino, cuando ellos querían hacer de él, el padre un famoso abogado y la madre nada menos que un pastor de almas con el título inicial de arzobispo.

Don Esteban era uno de los parientes que habían roto con la tradición marítima de la familia, antojándosele más altas y provechosas otras profesiones que, aunque no inmunizadas de ellas, ofrecían tormentas más fáciles de arrostrar desde el timón de un barco terrestre.

Por su gusto y el de su esposa, don Esteban hubiese negado a su hermano el Tritón todo trato con Ulises, pero se lo impedía el parentesco tan próximo que le unía a él.

Por eso cada vez que Ulises visitaba a su tío o que éste visitaba a su sobrino, el notario y su esposa no estaban tranquilos. Les constaba que cada nueva entrevista significaba para Ulises un paso más hacia el mar y uno menos hacia las aspiraciones que ellos tenían.

Don Esteban, al sorprenden a tío y sobrino cariñosamente abrazados, miró severamente a Ulises, quien, no precisamente por voluntad, se separó del Tritón yendo a colocarse al lado de su padre.

Por unas palabras que llegaron a sus oídos al entrar en la casa de los nautas, el notario dijo a su hermano, censurándole la protección que daba a Ulises en sus aficiones marítimas:



—Mi hijo Ulises ha de ser abogado como yo. Quiero que sea un gran jurista.

El Tritón, que no tenía más que una cara, indignóse como él solía hacerlo, y replicó vivamente a su hermano:

—¡Picapleitos mi sobrino?... ¡Cristo! Al muchacho le llama el mar, y será marino, como todos los hombres de nuestra familia.

Ulises tendió sus brazos de adolescente con criterio propio hacia su tío, para arrojarle en los brazos, pero don Esteban, inflexible en sus ideas, impidió a su hijo que tal hiciera, llevándolo al momento, no sin cierta rebeldía por parte del muchacho, fuera de la casa, para regresar a Valencia en tardanza, afanoso de apartarlo del temible Trín.

El Tritón sintió la partida de su sobrino, lamentándose de la tiranía que ejercían en su espíritu sus padres; pero la marcha del niño no significaba la desaparición de la esperanza de que sería marino. Ya se encargaría él de un modo u otro de evitar que se atentase eficazmente contra la verdadera vocación de Ulises. Sus viajes a Valencia serían más frecuentes, y como siendo de la familia no podría el notario negarle la hospitalidad de su hogar, aprovecharía la ocasión.

Anfítrita, colocada, en el cuadro, detrás del Tritón en aquel momento, continuó atraerse sus miradas, y le pareció al noble hijo de mar que la diosa, la bella soberana sonreía.

Anfítrita estaba segura de su irresistible seducción: Ulises sería suyo también.

## EL CAPITÁN FERRAGUT

Transcurrieron dieciocho años.

El padre de Ulises murió cuando éste estudiaba en la Universidad.

Ulises negóse entonces a continuar los estudios, alegando su vocación por el mar, y dedicóse a navegar, por haber aprobado secretamente la carrera de piloto.

La victoria que alcanzó en su sobri- no inundó de felicidad al Tritón, que veía en Ulises un digno sucesor de los dignísimos Ferragut marinos.

Pero poco duró el orgullo del Tritón, pues una mañana, sin saberse exactamente cómo, la muerte dió cuenta de él.

Mucho pesar causó a Ulises tal suceso, y al cariño que siempre profesara a su protector uníase después de su muerte la gratitud por haberle instituido heredero de las economías que había acumulado.

Ulises navegó mucho, por todos los mares, ostentando distintos cargos, y

últimamente fué ascendido a capitán, mandando un trasatlántico de considerable tonelaje.

La madre de Ulises no escapó tampoco a la vigilancia de la guadaña fatal, y reuniendo herencias llegó el nuevo capitán a verse en posesión de una muy respetable suma.

Y he aquí que, a pesar de poder darse, con los intereses del capital de que era dueño, una buena vida, el capitán Ferragut no pudo renunciar a su mar; pero permitióse al menos el lujo de nombrarse a sí mismo capitán y propietario de un elegante buque: el *Fingal*, que adquirió en Inglaterra, y que era un vapor correo de tres mil toneladas; al que bautizó con emoción con el nombre de *Mare Nostrum*.

La familia criticó su obsesión por el mar, pero Ulises no dió oídas a nadie y siguió adelante.

Sin embargo, un día, sin que ello

le sorprendiera demasiado, pues lo temía, recibió el capitán una carta de su esposa, su prima Cinta — criatura resignada y humilde, absolutamente cristiana, que le había hecho con cariño ejemplar el regalo de un hijo, al que llamaron Esteban—, en la cual, entre otras cosas, y en el tono más humilde le decía:

*Acumula siempre tu voluntad; pero, mira, Ulises, que ese buque acabará por comerse todo tu caudal. Piensa en que tienes un hijo.*

*Tu esposa que te quiere mucho y desea abrazarte pronto*

Cinta

Ulises meditó sobre la serena advertencia de la amante compañera, y reconociendo que llevaba razón decidió poner fin al principio de la inevitable ruina.

Ferragut había tripulado su buque con gente amiga. Su segundo, Toni, fué un pilcoo que había empujado su carrera en las barcas de pesca. Era del mismo pueblo de los abuelos de Ulises y se acordaba del Tritón con respeto y admiración.

Toni entró en el camarote-despacho del capitán cuando éste acariciaba el retrato de su hijo Esteban colocado encima de su mesa de trabajo.

El segundo era un excelente marino y modelo de esposo y padre. Para él

no había otra mujer que la suya ni mayor alegría que ver sanos y unidos a sus hijos, que no eran pocos. De aquí el que fuera modelo de esposos...

Al aparecer ante Ferragut, díjole Toni:

—Barcelona está ya a la vista y el tío Caragol quiere celebrar la llegada. ¡El tío Caragol! ¡Bendito hombre! Ferragut lo había tomado a sus órdenes como cocinero, y en el mundo no había mortal tan feliz como él en sus dominios.

El tío Caragol seguía siendo el mismo de siempre. La misma gordura. La misma indumentaria. El mismo cariño hacia Ulises. Y, finalmente, idéntico fanatismo religioso y exacta manía por las mixturas alcohólicas.

Apenas Toni hubo anunciado al capitán que el cocinero quería celebrar la llegada a Barcelona, el tío Caragol, bandeja en mano, se presentaba en el camarote, sosteniendo en aquella tres vasos de brebaje rojizo que olía a gloria.

Ferragut levantóse de su sillón y puso sus manos en los sendos hombros de sus amigos. Iba a decirles algo. Tío Caragol le ofreció uno de los vasos de bebida que trajo, pero Ferragut lo rechazó con lento gesto.

—¿Qué pasa? — se preguntaban Toni y el cocinero.

Ferragut dióles palmadas afectuosas y habló de esta suerte, esforzándose por disimular su emoción:

—¡Amigos míos! No puedo más. Voy a arruinar a mi hijo... Si me compran *Mare Nostrum*, lo vendo.

Asombráronse los dos hombres. ¡Vender el *Mare Nostrum*! ¿Era posible?

Ferragut no les dió más detalles y subió al puente.

Tío Caragol le siguió con la mirada, moviendo con profundo pesar su cabeza coronada del invariable sombrero de palma.

Toni cogió nerviosamente uno de los vasos de vino y bebió su contenido de un sorbo, como si quisiera ahogar una pena que cortaba su respiración.

Barcelona iba acercándose al *Mare Nostrum*. Ferragut, desde su puesto contemplaba el bello panorama y su alma entonaba un himno a la grandeza, hidalguía, honradez y laboriosidad de la hospitalaria ciudad. Además, Barcelona encerraba para él el tesoro inapreciable de su familia, pues en la maravillosa ciudad condal se hallaban su hogar, su esposa, su hijo.

El corazón de Ferragut desbordó de alegría al pisar las gradas de la popular Puerta de la Paz. Largo el marino encaminó sus pasos hacia su casa, situada en la calle de la Merced, lindante casi con la Capitanía General.

Al entrar en el nido donde ardía el fuego sagrado del amor, Esteban fué el primero en verle.

—¡Esteban! ¡Hijo mío!

—¡Padre!

Se estrecharon efusivamente, chocando sus corazones.

Cinta acudió luego presurosa a recibir al esposo, y sus abrazos y besos fueron suaves y honestos como los de una doncella tímida y enamorada.

Cinta entendía el matrimonio con arreglo a la tradición familiar: la mujer dueña absoluta del interior de la casa, pero confiada en los asuntos exteriores a la voluntad del señor, del guerrero, del jefe del hogar.

Ferragut estaba acostumbrado a la poco expansiva adoración de su compañera, y sabía la cantidad de entusiasmo que podía haber en sus demostraciones de afecto a cada regreso de largos viajes, pero aquella vez parecióle observar que aun eran menos calurosas sus caricias. ¿Estaría enojada por algo con él?

No olvidaba Ulises que de un tiempo a aquella parte — como lo sabía Toni y lo sabían todos — el *Mare Nostrum* no producía más que exiguas ganancias que no amortizarían nunca el importe de la compra del buque; que, de seguir así, la ruina era inminente, pues no había transportes y los fletes eran insignificantes, debido a la competencia.

¿Sería, pues, por las pérdidas que representaba el navegar en aquellas condiciones que Cinta estaba disgustada?

La cosa tendría fácil arreglo. Con decirle que iba a poner en venta el buque...



Pero no; no era el apuntado el motivo de la preocupación de Cinta.

—¿Por qué me miras de ese modo?— preguntó Ferragut.

Cinta, pensando en los sufrimientos de los demás, exclamó abrazándose a su marido:

—¡Una gran desgracia, Ulises! ¡La guerra está declarada!

Esta noticia cayó como una bomba en Ferragut. El no se había enterado de ello durante su largo viaje, y le resultaba algo imprevisto.

¿Imprevisto y desagradable? ¡No! Desagradable, no. Al contrario. Sin haberlo deseado, he aquí que la guerra le quitaba de la cabeza su idea de vender el *Mare Nostrum*.

¿Por qué?

Muy sencillo: la guerra era una gran desgracia para los otros, pero sería su salvación para él, para Cinta, para Esteban. Sí. ¡*Mare Nostrum* iba a valer como si fuese de oro! No le faltarían buenos transportes. Ya no mendigaría más de puerto en puerto.

Era cierto. Las naciones que entrarían en el sangriento litigio se incautarían de la mayoría de los buques nacionales para atender a sus conveniencias, y los que quedasen en disposición de navegar por su cuenta serían solicitados a precios jamás soñados.

Era el momento de ganar dinero.

Cinta, horrorizada, no acertaba a comprender cómo era posible que el mal de unos fuese la base del bien de

otros, y Ulises tuvo que convencerla de que todo en la vida era relativo, arbitrario, sujeto a una ley de absurda compensación. En efecto, hasta entonces, a causa de la competencia de flotes, éstos se reducían cada día más. Ahora, con motivo de la escasez de buques, cuyo exceso anterior había provocado la terrible competencia, los transportes, contando con reducidos medios, serían mejor pagados.

El mundo empezaba a agitarse de arriba a abajo, y una de las primeras convulsiones aniquilaba a los unos y encumbraba a los otros de un soplo.

Cinta inclinó su cabeza sobre su pecho y murmuró palabras de piedad para los que velasen de pronto arrojados al abismo de la lucha, llevándose con ellos de su hogar la tranquilidad quizá para siempre.

... ..

Ferragut no se equivocó al asegurar a su esposa que el dinero entraría en su barco a espaldas, pues apenas rotas las hostilidades hizo importantes transportes por los que se le abonaron flotes que iban en crescendo de un modo fantástico.

La tripulación del *Mare Nostrum* se mostraba muy satisfecha, y ni qué decir tiene que tío Caragol supo demostrar que la prosperidad se había posesionado también de la cocina.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y así, mientras los pueblos se herían de muerte, el elegante *Mare Nostrum* marcaba los mares, corriendo, ¡qué dodi

cabía!, peligros sin cuento, pero guiado por la luminosa estrella que conduce las naves a buen puerto.



## FREYA

El mar se poblaba de asechanzas, pero el *Mare Nostrum* seguía adelante con su buena suerte.

En uno de los viajes de regreso de la América del Sur a Europa, el gallardo buque, al arribar a Nápoles, abordó un vapor inglés y a consecuencia del choque tuvo que someterse a una reparación que duraría bastantes días.

No acostumbrado a la inactividad en su buque, Ferragut decidióse a visitar los lugares tan célebres de las cercanías de Nápoles, los cuales visitara muchos años atrás.

En el muelle se amontonaban las provisiones y los múltiples elementos que exige una guerra moderna al lanzar pueblos contra pueblos.

Ferragut había traído también un importante cargamento.

Bien merecido tenía un descanso.

Y partió.

Después de dejar a su segundo a car-

go del *Mare Nostrum*, Ulises tomó el tren, y luego de faldear la montaña humeante del Vesubio, pasando por pueblos de color de rosa circundados de viñas, bajó en una estación: Pompeya.

La ciudad muerta no tenía otros ruidos que el alateo de los insectos sobre las plantas y el corruteco invisible de los reptiles bajo las capas de hiedra.

Con una guía en la mano, Ulises iba visitando los restos de la durante tantos siglos sepultada ciudad, y recordando ciertos lugares donde la vista puede contemplar con curiosa incredulidad cuadros muy atrevidos, leyó en su libro:

*...Calle de los Lapimores. En la callejuela que cruce queda el Cuarta Veda-do con sus famosas pinturas murales. Las señoras no deben entrar.*

El quería ver lo que de modo tan categórico se prohibía a las miradas de las señoras, y buscó la callejuela en cuestión.

Un empleado guardaba la entrada. Ferragut se acercó y el conserje salió a su encuentro, haciéndole seña de no entrar.

¿Por qué no podía entrar Ulises en el interesante Cuarto Vedado?

¡Oh! No sería ciertamente por haber tomado forma humana los personajes de algún cuadro y hallarse los guías del lugar discutiendo con ellos para que se reintegrasen a su puesto o al menos cubriesen con algo su impudicia.

El conserje hizo un guiño a Ferragut y éste comprendió, pues hay guiños inconfundibles, que dentro del Cuarto Vedado se encontraban de visita nada menos que dos damas.

Era natural, pues, que el conserje, que se quedó al acecho, rogase a Ferragut que esperase a que las damas hubiesen salido para entrar a su vez a visitar los libertinos cuadros.

El marino, al enterarse de que las dos damas estaban a punto de salir, pues el conserje oía ya sus pisadas cerca de la entrada, arreglóse intuitivamente el nudo de la corbata, estiróse las mangas de la americana, y, tras de comprobar que no había la menor huella de polvo visible en su indumento, esperó, descansándose en su elegancia para causarles buen efecto, la aparición de las desconocidas.

El conserje le hizo otro guiño más elocuente, y al momento vió Ferragut a una de las damas.

Aquél había indicado con un gesto

que no dejaba lugar a dudas que la dama que salía era guapísima.

Ferragut, a pesar de querer ser discreto en sus miradas, para admirar la belleza de la dama cantada por la muda elocuencia del conserje, abrió sus ojos hasta el máximo, y al no se cayó de espaldas al chocar sus rayos curiosos con la aludida, fué porque, como marino de tiempo, estaba acostumbrado a todas las sacudidas previstas e imprevistas sin inmutarse.

¡Demonio! ¿Qué entendería el conserje por mujer guapa? ¿Dónde tenía los ojos el italiano? Porque, vamos, confundir una señora de aspecto hombruno con una dama hermosa...

Se trataba, sin duda, de un error del conserje. Si Ferragut se dió cuenta, al mirar al empleado, de su equivocación. El no se refería, al hablar por signos de belleza, a la jamaica con ribetes masculinos que salió en primer lugar de la callejuela. No. El hacía alusión a la que no tardaría en presentarse ante ellos.

La dama que había ya salido se hallaba en esa edad de la mujer que señala el ocaso de la vida a las que el matrimonio y la maternidad han restado energías de año en año, viéndolas bellas, si lo fueron siempre, pero con señales de haber vivido... Sin embargo, para ella, soltera, su ocaso era halagador, no por su rostro, sino por la conservación de su cuerpo, en el que su energía se mantenía tan firme como en

su juventud. No era ni hermosa ni simpática. Pero no era tampoco insignificante. Su aspecto, como hemos dicho, parecía al de un hombre, y su modo de vestir, con chaqueta y botas, restábele también feminidad, pero como en su rostro veíase trazado con huellas profundas aunque invisibles un gran talento, inspiraba respeto y admiración...

La desconocida alejase un tanto de la entrada de la callejuela, y a poco Ferragut vió aparecer a la segunda dama, a la que el conserje se referiera antes ensalzando su belleza.

Corazón de poeta, por su padrino, y temperamento volcánico, por su tío el Tritón, Ferragut anhelaba el momento de contemplar a aquella mujer.

Ella, como si hubiese presentado que alguien ardía en deseos de verla, no demoró su presentación, y Ferragut quedó deslumbrado ante su francamente ideal hermosura.

El conserje sonrió al ver la sorpresa del marino, y ella, la exquisita mujer, no pudo sustraerse tampoco a mirar a Ferragut, que, como tributo de admiración, depositaba en sus ojos los besos de los suyos.

Ferragut buscaba en sus memorias para encontrar algo... Conocía a aquella mujer. No recordaba dónde la había visto, pero estaba seguro de conocerla. El lejano perfume de su persona y su elegante gallardía le recordaban a ciertas señoras que viajaban solas cuando él era capitán de trasatlántico...

Ella insistió también en mirarle, y, como empujados el uno al otro, se hablaron, correspondiendo ella con algunas preguntas, al saludo de galantería latina, que equivale a una declaración de amor, del capitán.

Finalmente dijo la distinguida dama:

—Usted es marino, sí, marino español; y se llama... se llama... ¿usted se llama el capitán Ulises Ferragut?

El marino experimentó viva alegría al confirmarse que él conocía a aquella mujer, y bendecía para sus adentros su viaje a Pompeya que le deparaba tan inesperado encuentro.

La dama continuó, sonriendo a Ferragut, que se trasladaba de un salto al paraíso:

—Hace seis años; no, hace siete, hice un viaje de Buenos Aires a Barcelona en el trasatlántico mundado por usted.

Ferragut, por vanidad meridional ante una mujer hermosa, lanzó una exclamación y afirmó que se acordaba perfectamente de ella. Sí, sí. Parecía estar viéndola aún paseándose gentilmente por el buque.

Pero la bella dama, atajándole con oculta burla, replicó:

—No, capitán. Usted no puede acordarse de mí. Yo iba con mi marido y usted no me miró nunca. Todas sus atenciones eran en aquel viaje para una viuda brasileña muy hermosa.

Inútil decir que Ferragut no esperaba tal salida y que si bien buscó palabras para agradar a la desconocida,



que él seguía recordando como si la hubiese visto muchas veces, ella no se detuvo más a hablar, pues su amiga la estaba esperando y se impacientaría.

La dama que aguardaba a la hermosa que conocía al capitán, preguntóle cuando se le reunió:

—¿Quién es ese caballero que usted acaba de saludar?

Ella contestó, juzgándole bien:

—Es un español, un capitán de buque, más impetuoso que prudente.

Y se volvió a mirar discretamente a Ferragut.

Este, que no quitaba su vista del esbelto cuerpo de la hermosa mujer, desistió de entrar en el Cuarto Vedado, bastándole haberla visto para considerar que no había en el mundo nada más digno de ser admirado...

Impetuoso, como lo presentara la más joven dama a su amiga, Ferragut alcanzó a aquella prestamente y, como pretexto para reanudar la conversación, le preguntó su nombre. Ya que ella sabía quién era él, él deseaba saber quién era ella.

La hermosa contestó, después de mirar a su amiga:

—Llámenme Freya. Es un nombre de Wagner. Significa la Tierra y al mismo tiempo la Libertad...

Luego presentó a su acompañante:

—La señora es la doctora Fedelmano... Una sabia en filología y en letras.

La doctora, arguyendo su busto más

todavía de lo ordinario, exclamó con entusiasmo:

—¡Oh, España! ¡Tierra de caballeros!... ¡Cervantes!... ¡Lope!... ¡El Cid!... ¡Y Calderón de la Barca!

Y tendió su diestra a Ferragut, en la cual depositó un beso el correcto marino.

El conserje había observado con atención cómo el visitante lograba no dejar escapar a las damas sin su compañía. Reconociéndose a sí mismo artífice de la aventura del simpático capitán, se le acercó y, con el mismo mutismo de antes pero con distintos gestos, suplicóle una propina, una gratificación cualquiera... que la dama bien valía algo cantante y sonante... una lira... o dos liras... o varias liras, que cuantas más cayesen en el cuenco de su mano, más sonarían en la orquesta de la gratitud.

Ferragut miró a la bella dama, y gracias a una sonrisa que el galanteador sorprendió en sus labios, el conserje recibió mejor propina que la que soñara.

Al separarse el buen hombre de ellos, dijo Freya al marino:

—Debemos dejarle, capitán; tenemos que tomar el tren para Pestum.

Ferragut no cometería la torpeza de dejar marchar solas a las dos señoras. Si se conocían los tres, ¿qué inconveniente había en hacer el viaje juntos, puesto que él también tenía la intención de visitar las ruinas de Pestum?

Freya consultó con la mirada a su amiga, y no viendo en ella oposición a

acompañar a Ferragut, no se negó a complacerle en su galante deseo.

— Muchas gracias — murmuró el marino a la hermosa.

Y la acompañó en su viaje a las famosas ruinas.

... ..

Pestum, la antigua Poseidonia, ciudad de Neptuno, fundada por los griegos de Sybaris seis siglos antes de Jesucristo, era, por su silencio y las evocaciones que despertaban sus ruinas, marcos adecuados a las promesas que Ferragut pugnaba por hacer, muy junto a ella, a Freya. Pero la doctora estaba allí también...

Paseando al lado de Ferragut, Freya dió un traspie. La doctora, que estaba algo distanciada de la pareja, no se enteró de ello sino cuando vió a su amigo cojeando y cogida del brazo de Ferragut, quien, egoísta como buen enamorado, se alegraba del estado del terreno, pensando que la torcedura no tendría más consecuencias que breves momentos de dolor.

Freya y Ferragut llegaron hasta donde se encontraba la doctora, e iban a continuar juntos el paseo, no doliéndole casi ya el pie a aquélla, cuando, en las gradas del templo de Neptuno vió la doctora, con pánico, temiendo atrevimientos de mal gusto aprovechando el

ancho vuelo de su falda, varios lagartos de notables dimensiones.

Separóse la severa mujer de aquel lugar, yendo a sentarse a distancia de él, y en aquel momento Freya descubría en el suelo sin el menor susto una culebra de color oscuro que reptaba silenciosa y rítmicamente como bajo la caricia de estremecimientos voluptuosos.

Un ¡Oh! admirativo escapó de la blanca y olorosa garganta de la bella.

Ferragut alzó su bastón con ánimo de matar a la culebra, pero al disponerse a dar el golpe fatal para el reptil sintióse detenido al abrazarle Freya, jadeante y pálida, suplicándole que renunciase a su idea.

¿Qué significaba aquello? ¿No quería Freya que él aniquilase aquel mal bicho? Entonces, ¿por qué gritó al verle?

Mal interpretó Ferragut la exclamación de Freya. Pero, ¿era posible que ella tuviese piedad de un enemigo traidor?

Sin sospechar la sorpresa que causaba su conducta al marino, Freya, apartándose de él, trató de acariciar a la culebra, antes de que desapareciera entre dos piedras tapizadas de follaje.

Las manos finas de Freya, manos hechas para acariciar y ser besadas, se tendieron hacia el vertebrado, mas no llegaron a tocarlo.

Ferragut seguía sus gestos con asombro que iba en aumento.

Sin moverse de su sitio, desde el que veía aún a la culebra deslizarse entre

las dos piedras, dijo Freya, dirigiéndose al marino:

—Esa culebra es indudablemente la divinidad del templo muerto que ha cambiado de forma para vivir sobre sus ruinas. Debe tener veinte siglos...

Ferragut retrocedió unos pasos bruscamente. Había estado contemplando a Freya y buscaba en su pasado el lugar y las circunstancias en que la conociera. De súbito, arrancándose de un tirón el velo del misterio, vió en Freya la misma imagen que ocupaba el sitio de honor en la casa de los Ferragut cuando él la visitaba para escuchar con deleite las narraciones de su tío; y dijo:

—¡Anfitrín!... ¡Anfitrín!... La diosa de mi tío el Tritón.

La exclamación de Ferragut fué acompañada del vehemente deseo de abrazar a Freya. Le cogió una mano e iba a estrechar a Anfitrín hecha carne contra su palpitante corazón.

Freya, no menos asombrada que Ferragut cuando ella pretendía tomar entre sus manos a la culebra, le rechazó al intentar él apresarla, y protestó, enfadada:

—¡Nada de niñerías, capitán!... Conmigo pierde usted el tiempo haciéndome el amor.

Ferragut no pudo reaccionar en seguida. ¡Qué semejanza tan notable, casi perfecta, tenía Freya con Anfitrín!

La hermosa, que se había separado al momento del marino, fué al encuentro de la doctora, ocultándole su disgusto.

Ferragut se reunió al poco con las dos mujeres, pero desde aquel instante Freya se distanció de él, para evitar su contacto y sus explicaciones.

Y por más que tratase Ferragut de hacer olvidar a Freya su torpeza, no vió reaparecer en sus labios la sonrisa con la que hasta pocos momentos antes parecía haberle prometido cuanto él ansiaba...



## ¡MÁRCHESE, NO ME BUSQUE!

Das semanas iban transcurridas desde que el *Mare Nostrum*, a pesar de hallarse listo para hacerse a la mar, continuaba inmóvil en el puerto. Esta inercia lamentable desesperaba a Toni y le empujaba hacia los dominios de tío Caragol, en busca de alguien a quien comunicar sus impresiones.

Aquella mañana, buscando algo en el camarote de Ferragut, encontró unos objetos que le dieron categóricamente la clave del enigma de la carencia de órdenes del capitán sobre la marcha próxima del buque.

Con las pruebas del delito encontradas dirigióse Toni a la cocina al encuentro de Caragol.

El buen hombre se hallaba mondando patatas para la comida de mediodía. Al ver a Toni no sospechó ni remotamente la causa de su visita a aquella hora.

—Buenos días, amigo.

—Hola, tío Caragol. Malas noticias.

—¿Qué pasa?

Toni mostróle lo que acababa de encontrar en el camarote de Ferragut, y dijo:

—¡Mira!... Mira lo que hallé bajo la almohada del capitán.

Eran unos guantes, un cendal perfumado y varias fruslerías de mujer.

Tío Caragol, sorprendido, cesó en su trabajo y examinando los objetos que le enseñaba Toni, daba bofetos de indignación. Y dijo al fin:

—¡Ah, las hembras!... El diablo va como un perro faldero detrás de sus enaguas...

El segundo de a bordo no podía ocultar ni calmar su preocupación. El no era el dueño del buque, pero defendía los intereses del mismo como si lo fuera. El, como todos, disfrutaba de un sueldo y buena alimentación; y aunque los fiestas fuesen fabulosas, no cobraba

más de lo estipulado. A pesar de ello, trabajaba siempre con la misma voluntad, hubiese el trabajo que hubiese. Se alegraba de la prosperidad de Ferragut y estaba orgulloso de ser él uno de los colaboradores del capitán. Toni era, sencillamente, un hombre bueno. Por eso la demora en salir de Nápoles le parecía un atentado contra su felicidad y la de todos, principiando por el capitán, que perdía considerables sumas sin aprovechar cuantiosos transportes.

Varias veces le había dicho Toni a Ferragut aquellos días, que debieran zarpar sin esperar nuevas auroras.

El capitán, para ocultar a su segundo el motivo que lo retenía en Nápoles, pretextaba estar pendiente de la concesión de un importante transporte extraordinariamente pagado.

Pero la verdadera causa que inmovilizaba a Ferragut en Nápoles era, como se habrá adivinado, la encantadora Freya.

El marino, apasionado de la misteriosa mujer, que le dijera que era viuda, no pudo renunciar a ella cuando regresaron, menos amigos que al presentarse mutuamente, de Pestum, y aunque Freya le rechazaba, insistió en verla.

Ferragut hospedóse en el mismo hotel de su nueva aventura, y la acechaba.

Después de múltiples fracasos, logró hablarle en la calle. Ella iba sola, y a pesar de que le vio a tiempo de torcer una esquina para evitar su encuentro, toleró que él la abordase.

Hablaron. El se disculpó de su impetuosidad en Pestum al confundirla con Anfritrua, pues era bella como ella, y le habló del amor que naciera en su pecho desde el primer encuentro de sus miradas.

Freya, fríamente, rechazó sus fogosas palabras, burlándose de la pasión de los hombres, que, cual fogata de vicutas, no dura más que lo que tarda el humo de un cigarrillo en volatilizarse.

Pero Ferragut, empeñado en su conquista, multiplicó sus galanteos, y Freya, en un momento de debilidad, accedió a entrevistarse con él, para hablar sin testigos, en un lugar discreto.

Aquella mañana fué cuando el marino creyó haber vencido la indiferencia de su amada. Freya le había mandado el siguiente papel:

*Esta tarde, entre tres y media y cuatro, en el Acuario.*

Desbordando alegría todos sus poros, Ferragut se compuso impasablemente y se le hizo eterna la espera de la hora de la cita. ¡Su triunfo era seguro! No había sido fácil la rendición, pero aquella rosa tenía derecho a resguardarse con tantas espinas como tuvo que ir salvando.

Antes de la hora convenida Ferragut se hallaba en el Acuario.

Esa cárcel de Nápoles de los moradores del mar era uno de los lugares preferidos por Freya para matar el tiempo sin aburrirse. Todos los escaparatistas habían aspirado su perfume por haber-

se detenido frente a ellos infinidad de veces.

Ferragut, para estibar su impaciencia, releía la nota de Freya para reasegurarse de que no se había equivocado de hora.

Una de las veces que esto hacía el marino, la hermosa mujer llegó al Acuario. Ferragut no la vio entrar, y fingiendo no haber reparado en él, ella se acercó a uno de los escaparates inmediatos al capitán y se puso a contemplar los animales que vivían entre sus cuatro paredes de cristal.

Ferragut, al hacer un movimiento, volvió su cabeza hacia el lado en que estaba Freya, y al reconocerla dió un salto su corazón.

—¡Hola! ¿Estaba usted aquí, Freya?

Ella le sonrió sin contestarle, dejando al capitán preguntándose cómo había sido posible que no la hubiese visto aparecer, y entregándose con entusiasmo sincero a contemplar lo que hacían los pulpos que se agitaban en la vitrina frente a la cual se detuvo y que era la que gozaba de su predilección, dió la espalda al marino.

Los pulpos, como si hubiesen visto a Freya, adherieron casi sus tentáculos a la pared central del escaparate, agitándose traviesamente.

Freya, ante lo que a ella se le antojaba manifestación de alegría de sus queridos amigos, exclamó:

—¡Me conocen! ¡Yo creo que me conocen!

Ferragut no comprendía el regocijo de Freya, y empezaba a inquietarle su conducta. ¿Qué clase de mujer era? No le pareció normal el que ella se negara en Pestum a que él diera muerte a la culebra, ni tampoco ahora su alegría infantil ante los pulpos.

Pero Freya, ajena a todo lo que no fuera su ilusión en aquel momento, prosiguió, pasando sus manos por el cristal del escaparate:

—¡Ah, simpáticos monstruos! ¡Los adoro! Quisiera tenerlos en mi casa como se tienen a los peces dorados en una pecera: darles de comer a todas horas ¡ver cómo devoran!...

Ferragut la miraba cada vez más desconcertado, pero Freya no le hacía caso.

De pronto vióse un pedazo de sardina colgado del extremo de un hilo. El encargado de dar alimento a los señores de aquellos escaparates se ocupaba de los pulpos en aquel instante.

Freya, más atenta aún que antes, observó a los monstruos para no perder el menor detalle de sus movimientos para apresar el bocado.

Los trozos de sardina no escapaban a la succión mortal de los monstruos, y cada vez que éstos los devoraban Freya daba un grito sordo.

—¡Mire usted qué hermosos son! — dijo una de las veces a Ferragut.

Este no sabía cómo contestar, y llegó a tanto su desconcierto que temió que Freya estuviera loca.

La alegría triunfal de la hermosa



mujer se parecía a la de esos fanáticos de un deporte que gozan o sufren con las victorias o derrotas de sus favoritos.

A juzgar por su indiferencia a todo lo que ocurría fuera del escaparate y a su inenarrable goce viendo a los monstruos, Freya seguiría, sin darse cuenta, mucho tiempo en su observatorio.

Por más que trató de hacerlo no pudo Ferragut interrumpirla en su delectación.

Y si hasta aquel momento Freya había mostrado incomparablemente feliz identificándose con los pulpos, ahora su sordo entusiasmo creció de tal modo que Ferragut tuvo miedo de ella.

El alimento de los monstruos había sido suplido por cangrejos vivos. Este, el alimento con vida, era el manjar que apetecían los pulpos. Los cangrejos se debatían en vano en el anzuelo, previendo su trágico fin en la chupadora garra de sus enemigos hambrientos, y éstos se peleaban entre sí para tragárselos.

Uno de los cangrejos parecía dispuesto, por salvar la vida desesperadamente, a huir de los irresistibles tentáculos, pero el pulpo que lo acechaba dió al fin cuenta de él como de otros.

Freya, dilatados sus ojos por la angustia durante la lucha a muerte, gritó al ver que el pulpo no conseguía vencer:

—¡Se escapa!... ¡Se escapa!

Sus manos, crispadas, se agitaban ner-

visamente sobre el escaparate, como si quisieran ayudar al monstruo en la infructuosa persecución del cangrejo rehélde a la muerte.

Colérico, resoplando furiosamente, el pulpo alargó más sus tentáculos y con un supremo esfuerzo atrajo brutalmente al insignificante crustáceo, que desapareció al momento.

Un suspiro de satisfacción, de gloria, salió del pecho de Freya. ¡El pulpo, como siempre, había vencido!

Ferragut, inmóvil detrás de Freya, seguía hundiéndose en el abismo de las conjeturas ante el extravagante carácter de su amada, y se sobresaltó al ver como ella, volviéndose rápidamente, brillándole los ojos de alegría, se estrechaba contra él, haciéndole sentir toda la emoción que revolucionaba su ser.

Antes de que reaccionara, Ferragut creyó estar soñando en los brazos de Freya. La hermosa se estrechó cuanto pudo contra él y buscó sus labios. Ferragut cedió a la tentación, y si bien él la besó, sus besos no contaron al lado de los que ella, frenética, urrolladora, le dió en la boca.

¿Quién era aquella mujer?, volvió a preguntarse Ferragut.

No quería saberlo. La realidad de su deseada conquista era lo único que le importaba.

¡Oh! ¡Qué días de loca felicidad le esperaban al lado de la tentadora mujer!

Entusiasmado a su vez, aunque con distinto motivo, Ferragut quiso besar mucho más a Freya; pero ella se opuso.

—Pero, Freya... — objetó el marino.

—No, Ulises, usted no me conoce, no sabe quién soy... Hace unos días me era indiferente. Ahora me inspira cierto interés, porque le creo bueno y franco a

pesar de sus exterioridades arrogantes... ¡Márchese, no me busque! Es la mejor prueba de afecto que puedo darle.

Ferragut quiso protestar, pero ella, desprendiéndose de sus brazos marchó con paso ligero, prohibiéndole que la siguiera.

Indudablemente, Freya era un indecifrable enigma...

## CADENAS

La neutralidad de Italia parecía a cada momento más insegura; al fin había de lanzarse a la guerra, pocos lo dudaban, pero, ¿al lado de quién?

La doctora Fedelmann trabajaba sin tregua a favor de la causa alemana y seguía, con creciente inquietud, el curso de los acontecimientos.

En un palacio del barrio de Chiusa tenía la doctora su gabinete y su casa, a los que acudían diariamente los agentes secretos que colaboraban con ella en provecho de Alemania.

Enterada de las asiduidades de Ferragut con Freya, la alemana añadió una ficha más a su importante archivo de documentos y datos importantes, llenándola así:

**FERRAGUT, Ulises** — Capitán mercante. Es gran conocedor del Mediterráneo.

Ferragut había llegado, pues, a interesar a la doctora...

Freya estaba completamente resuelta a no ver más al marino, y su conciencia le agradecía esta prueba de amor a un hombre que no era como los demás...

Al regresar a su casa, Freya iba a encerrarse en sus habitaciones, pero la doctora, gracias a un espejo, la vió cruzar el pasillo y la llamó a su presencia.

—¡Freya!

Un ligero temblor se apoderó de la bella mujer. La imperativa llamada de la doctora no le indicaba nada agradable. Tenía motivos para temerlo...

Acató Freya la orden, y al tenerla junto a sí la doctora le preguntó por Ferragut. Sin poderlo remediar, aquella, alzando con soberbia la frente, respondió que ya no veía más al nauta.

Sabía Freya que esto constituía una rebeldía a la superioridad de la doctora.





—Tío, ¿es cierto que existe esa señora?



—¡Amigos míos! No puedo más. Voy a arruinar a mi hijo...



Y los acompañó en su viaje a las fatuosas ruinas.



—No, Ulises: usted no me conoce, no sabe quién soy...



—¿Se ha atrevido usted a romper con Ferragut a pesar de mis órdenes?



La doctora fijó sus miradas, penetrantes como estiletes, en los ojos de Froya, exigiéndole sumisión.



— ¡Felices ustedes!... ¡Amense mucho!.. Unicamente por el amor, vale la vida la pena de ser vivida.



— Un caballero no abandona nunca a una mujer.





—E de veras, Ulises?

—Si, Ferya de mi alma! ¡Porque te adoro!



La doctora presentó a los dos hombres.



— ¡Tu padre nos ha olvidado!



Que Ulises y Freya se amaban era cierto. Su idilio era eterno.



—Tendrás que irme. Me esperas en Barcelona. No tengo noticias. ¿Qué será de mi buque?



El empleado, sin asomar su cabeza al interior del aposento para que no le viera Ulises, parlamentó misteriosamente con Freya.



—Se acerca el momento de que cumplas tu palabra, de que te sacrifiques por mí.



—¡No vayas, Unice! ¡El corazón me anuncia algo funesto!



za, pero su simpatía, sino ya amor hacia Ferragut le daba fuerzas para olvidarlo todo a cambio de satisfacer un deseo del corazón.

No contaba Freya, sin embargo, con la tiranía de la doctora. La hombruna mujer, apareciendo ante la enamorada joven tal como era: déspota e inflexible, la recriminó duramente:

—¿Se ha atrevido usted a romper con Ferragut a pesar de mis órdenes?

Freya no pudo articular la menor palabra en descargo suyo; pero quería defenderse, romper por una vez las cadenas que la sujetaban a una existencia oscura.

La doctora fijó sus miradas, penetrantes como estiletes, en los ojos de Freya, exigiéndole sumisión, y añadió:

—Ferragut es un elemento necesario a nuestra causa. Mañana le escribiré usted dándole una cita.

¿Aceptaría Freya aquel sacrificio de su amor propio?

Atontadamente, cambiando su tono de mando, la doctora se inclinó en Freya — mujer para rendir a Freya — agente a sus órdenes:

—Ferragut es hermoso, varonil, digno de ser amado por la mujer más exigente.

Y sonreía... sonreía...

Y Freya, sin fuerzas para romper sus cadenas, sonrió también...

Ferragut no sospechaba la verdadera personalidad de Freya. Sólo sabía de ella que conocía muchos países...

Después del rompimiento por ella de sus relaciones, el marino había perdido toda esperanza de reconciliación. Le había oído decir varias veces que odiaba a los hombres, y a pesar de que aseguraba que hacía una excepción con él Ferragut creyóse también entre los odiados por el mero hecho de ser hombre.

No había llegado aún a comprender su carácter. No sabía si su aversión hacia los hombres se debía a un desengaño o a la creencia de que ninguno era sincero.

El *Mare Nostrum* se alejaría, pues, de Nápoles lo antes posible, sediento su capitán de olvidar la desastrosa aventura que le había hecho perder tanto tiempo.

Ya Toni y el tío Caragol volverían a cantarrear para dar salida a su exceso de satisfacción.

Los preparativos de marcha adelantaban, cuando algo imprevisto vino a sorprenderlos: la cita de Freya a Ferragut.

Al principio el marino dudaba de la humillación que aquella suponía para la soberbia hermosa, pero era lo cierto que ella le llamaba a su lado.

Al fin, pensó el enamorado no sin orgullo, Freya se declaraba vencida.

Y, sin meditar sobre las consecuencias de su paso hacia el nuevo amor, Ferragut acudió a la cita... en tanto que el tío Caragol lanzaba pestes contra las mujeres y Toni se desesperaba en el *Mare Nostrum*.

Freya, dominadora de Ferragut, condujo al experto marino al palacio de Chiaia, conforme a los deseos de la doctora, que quería demostrarle, para que él se la agradeciera, que protegía sus amores con su exquisita amiga.

Al ver a Ferragut, la astuta mujer, muy curiosa, le dio amplia libertad para hacer cuanto quisiera en la casa, como buena cómplice.

—¡Felices ustedes!— ¡Amense mucho!... Unicamente por el amor vale la vida la pena de ser vivida.

Ferragut, sin que pudiera sospechar, ignorando la verdadera personalidad de las dos mujeres, el sacrificio que representaba para Freya la aceptación de su amor, prodigó piropos a la "simpática" doctora, que, mujer al fin, se ruborizó un tanto. Serían buenas amigas. Le convenció a Ferragut hacer buenas migas con la amiga de su amada, pues recordaba el proverbio que aconseja "adorar al santo por la peña".

Freya, impaciente por cumplir hasta el fin su misión, como temerosa de desfallecer en el momento crítico, entró en su aposento, siguiéndola allí al poco Ferragut.

Freya sentóse con su amado en un lujoso diván, y mientras la doctora y su secretario espían agostados detrás de sendas puertas, le habló de este modo:

—Te he engañado, Ulises... Yo no soy italiana.

Ferragut, acostumbrado a mentiras femeninas, no dio importancia a la de Freya. Podía continuar.

—Mi madre fué italiana. Te lo juro... Pero mi padre no lo era... Yo soy alemana y...

Ferragut adivinó el resto.

—¿Eres una espía? Y la doctora... ¡Ah! Ahora comprendo... — dijo Ferragut con recelo.

Recordaba haberles oído hablar en alemán. ¡Qué necio! No haber adivinado antes la causa del empleo de ese idioma, en sus conversaciones particulares, cuando con él hablaban en inglés correctamente.

Freya no titubeó. Fiaba en el amor de Ferragut.

—La doctora es una patriota ilustre, una sabia que pone todas sus facultades al servicio de su país...

—Sí, sí, comprendo... comprendo... Todo está muy claro... muy claro...

—Y ahora que me conoces, ¡mírchate!... Tú no puedes querirme. Soy una espía, como tú dices; un ser despreciable.

Ferragut guardó silencio. La revelación le sorprendió, pero Freya le saludó de tal modo, que, analizando lo que era, se libró de toda prevención.

Freya se había separado de Ferragut al terminar su confesión, para ocultar le el dolor que le causaba el haberlo hecho, por lo que él pudiera decirle.

Ferragut se le reunió. Amuroso, pasó sus manos en sus moribundos hombros, y arrullándola con su hábito le dijo:

—Yo soy un español, un neutral. Nada tengo que ver con Inglaterra ni Francia ni Alemania... ¡Allá ellos!

Enérgicamente, Freya volvióse a su amado y preguntóle:

—¿Tú has jurado que harás por mí todo lo que yo te pida?

Ferragut, juguete en manos del amor, arrojóse y besó con unción una mano de Freya, y repuso:

—Un caballero no abandona a una

mujer. ¡Tus enemigos son míos también! Si necesitas un hombre para que te defienda, aquí me tienes.

—¿De veras, Ulises?

—¡Sí, Freya de mi alma! ¡Porque te adoro!

Freya, sacudida su sensibilidad por intenso temblor al vez confirmada de modo tan expresivo la pasión del marino, tomó entre sus manos su rostro, lo besó con delirio e incrustó luego levemente sus labios en los suyos, abogando el choque un suspiro de amor verdadero.

## LA CÁRCEL PERFUMADA

La doctora y su secretario quitáronse de encima un peso enorme al oír a Ferragut dar la seguridad de su protección a Freya, que equivalía a entrar en contacto con los amigos de Alemania para prestarle algún servicio cuando se presentase la ocasión.

Los dos agentes secretos estuvieron al acecho, armado el secretario, por si Ferragut, al enterarse de la personalidad exacta de Freya se negase a aceptarla como amante, amenazándola, si sus simpatías se dirigían a los enemigos de Alemania precisamente, con delatar el foco de espionaje que había en aquel palacio.

Afortunadamente Ferragut era en absoluto neutral y por amor se conformaba con ponerse al lado de Alemania por ser la patria de su amada.

Para Freya esto representaba un triunfo personal, de su belleza, pero para la doctora tenía la alta significación

de un éxito más de su habilidad por el bien de la causa santa que defendía.

La directora del servicio secreto alemán estaba persuadida de que para Freya, Ferragut no era más que otra víctima de sus encantos, a quien sólo tendrían a su lado hasta que llegase el momento de hacerle pagar con un favor los favores recibidos de ella. Lo de siempre, vaya...

Henchida de orgullo, la doctora entró, como cosa convenida, en el apartamento, para recoger ella misma la palabra empeñada por el marino a favor de Alemania, y los amantes se separaron, interrumpiéndose sus caricias.

—Perdonen si he entrado brusco entre amigos míos, pero cuando me disponía a llamar a la puerta para preguntar a Freya si querían ustedes tomar algo, sorprendí, porque usted gritó, señor Ferragut, sus palabras de adhesión a mi patria, y no he podido proceder



con más calma para venir a darle las gracias, querido capitán. La pobre Alemana ha tenido que defenderse. El Kaiser era el hombre de la paz.

Ferragut estrechó la mano que la doctora le tendía, y mostrábase en extremo dichoso con el amor de Freya y la viva simpatía de aquella.

Freya aparentaba compartir el júbilo de la doctora, pero en su fuero interior se arrepentía de no haber sabido evitar el complicar a Ferragut en los asuntos de la asociación.

El secretario burocrático de la doctora agasacó por la puerta detrás de la que estuviera en acecho, y anunció a un visitante de importancia.

Todo parecía combinado de antemano. Seguramente la doctora estaba convencida ya de la victoria de Freya sobre Ferragut, y lo dispuso todo a la medida de su conveniencia.

—El conde Kaledine — dijo el secretario.

La doctora y Freya adoptaron instantáneamente una actitud ríspida, de firme disciplina, y dirigieron sus miradas hacia la puerta por la que entraría el importante personaje. Pero antes dijo la doctora a Ferragut, faltando a la verdad fraternalmente, a fin de ocultar la extraordinaria importancia del servicio secreto, que abarcaba a numerosos miembros:

—El conde pertenece a una noble familia rusa de tiempos de la gran Catalina. Es un diplomático ilustre que

está ahora con licencia, cuidando su salud.

El noble "ruso" entró en el aposento y saludó respetuosamente, con arreglo a una etiqueta que distaba de ser moscovita, a la doctora y a continuación a Freya, deteniéndose luego a pocos pasos de Ferragut, en espera de que le fuese presentado.

Ferragut se hallaba algo cohibido ante aquel hombre de maneras frías que le examinaba como un juez para deducir su carácter de un simple examen.

Freya echó de ver la severa observación del conde, y sufría por el recelo que su amado le inspiraba.

La doctora presentó a los dos hombres.

El capitán Ferragut, prestigioso marino español, buen amigo de Freya... El conde Kaledine...

Ferragut inclinóse levemente, y el conde, terminado su examen del "amigo" de Freya, le tendió su mano y hablóle sin reservas, convencido de que era tan leal como lo expresaba su rostro.

—Freya es una mujer tan bella como digna de ser amada, capitán. Los que, como la doctora Fedelmann y yo, deseamos su felicidad, deben felicitar a usted por haber logrado interesar su corazón... y le felicito de todas veras.

—Es usted muy amable, conde.

Decididamente, Ferragut se encontraba entre gente muy cariñosa aunque fuera superficialmente soberbia.

Bien preso estaba ya el marino entre

las redes de la intriga, y difícilmente podría salir de ellas.

Por lo pronto, no marcharía con su barco a Barcelona. Encargaría del mando del *Mare Nostrium* a Toni, su fiel segundo. No se detuvo a pensar en lo que decían Cinta y su hijo al enterarse de que él se había quedado en Nápoles.

Freya le tenía preso, y nada le importaba tanto como ella.

Esteban enteróse de la llegada del *Mare Nostrium* y se le anunció con vehemencia a su madre.

—¡Nuestro barco está en el puerto! ¡Ya tenemos aquí a papá!

Cinta preparóse para el esperado recibimiento de su esposo... pero sufrió cruel desencanto al ver llegar solos a Toni y el tío Caragol.

Los dos amigos del capitán creían cumplir un deber yendo a saludar a la esposa de su patrón al arribar el buque al puerto, pero no supieron ocultar el temor que tenían de ser preguntados por ella y no saber mentir.

Y ocurrió que Cinta quiso saber. Esteban, que se hallaba junto a ella, estaba allí de más. Mandó que la dejara sola con los dos marineros, y Esteban, mal de su grado, la obedeció. Desapareció el muchacho de la habitación, quedando en espera en la pieza inmediata, pasión-

dose por ella presa de agudo nerviosismo.

—¿Dónde está Ulises? — inquirió Cinta con angustia.

Toni no quería hablar ni tío Caragol tampoco, y la vacilación de ambos en soltar palabras comprometedoras delató a la esposa la verdad desnuda.

Tragándose su dolor ante los azorados amigos del capitán infiel, Cinta salió de la habitación en que los recibió y Esteban se le enfrentó al aparecer en la que él estaba.

—¿Qué ocurre, mamá? — le preguntó.

Cinta, herida en su alma de mujer buena, tolerante con los pecadillos en consecuencia del viajero compañero, no pudo callar la realidad a su hijo, y en un arranque de amargura exclamó:

—¡Tu padre nos ha olvidado!

Y con paso precipitado separóse del niño para encerrarse en su aposento donde soltaría el dique de su pesar.

¡Qué tortura sufría la humilde esposa ante la evidencia de que su abnegación y dulzura no tenían el poder de arrancar al hombre amado de los brazos de otras mujeres!

Hasta entonces había perdonado, esperando con resignación la emienda del caprichoso; pero ahora... después de haberse atrevido a abandonar el *Mare Nostrium* por quedarse en lejano puerto con otra... con una cualquiera, sin duda... ¿le sería posible perdonar?

Esteban, aunque niño, conocía la de-

bilidad de su padre por las mujeres, por que sus oídos no eran sordos, y aunque jamás le pareció bien censurarle siquiera para sus adentros su afán de conquistas, que por algo llevaba su sangre, el hecho de exagerar la nota no apareciendo por su casa al llegar el barco, no se le ocurrió que era de mal agüero. Como su madre, aunque él por mera admiración de adolescente que ya discernía los secretos de la vida, estaba de acuerdo en pontificar con los saltos a la tierra que su padre daba a la fidelidad conyugal, siempre velados por la más fina discreción.

Peró... ahora la cosa había tomado un aspecto nuevo, peligroso y era preciso actuar enérgicamente para atajar el mal.

¿Qué podía hacer él?

¿Quién le autorizaba a meterse en cosas de nuce varas?

¡Oh! Él adoraba a su padre, y su padre adoraba en él.

Muy decidido, Esteban entró en la habitación donde su madre dejara diciéndole a Toni y tío Caragol. Al divisarla, Toni, para salvar responsabilidades, iba a marcharse. El muchacho le detuvo, alcanzándole así como a tío Caragol, y les pidió noticias de su padre.

Los dos hombres miráronse bobamente, y sin fuerzas para seguir escuchando las súplicas de Esteban, que también estaba decidido a saber por ellos la pura verdad, Toni optó por salir de la casa, abandonando en la habitación a tío Caragol.

El santo varón no pudo hacer lo propio que Toni, pues Esteban se le puso delante y le cerró el paso.

—Tío Caragol, usted que es tan bueno, no va a permitir que yo ignore el paradero de mi padre. Considere que soy un hombre y que debo saberlo todo.

—No seas malicioso, Estevet... Tu padre está en Nápoles. Allí tiene algunos asuntos y...

—Seame franco. Esa no es la realidad... Entre esos asuntos, ¿no hay alguno que sea más grave que los otros para mi padre, para mi madre y para mí?

Abrumado, el tío Caragol, acatando los dictados de su conciencia religiosa, dijo al muchacho:

—Estevet, hijo mío, respeta mucho a tu padre. Imitale como marino. Sé bueno y justiciero con los hombres que mandan... pero ¡huye de las mujeres!

—De modo que mi padre se halla en Nápoles... por una mujer, ¿no es eso?

—Sí, Estevet, sí... Tu padre está preso en una cárcel perfumada... y sólo Dios sabe cuándo saldrá de ella.

—¿Está usted seguro de ello?

—Segurísimo. Mira... En este papel está escrita la dirección de la aventura que le ha sorbido el seso.

Esteban apoderóse del papel que le mostraba el tío Caragol y leyó en él mismo las siguientes señas:

Kaledine y Pedelmann  
Palacio de China

El conocimiento de la dirección de su padre en Nápoles dió una esperanza al muchacho.

El tío Caragol, después de hacer la revelación que le pidiera Esteban, no acertaba a explicarse si había obrado bien o mal. Por una parte se censuraba por haber hecho partícipe al niño de asuntos que sólo debían conocer los mayores. Pero por otra parte experimentaba el alivio de haber puesto en guardia, como a la madre, por lo que pudiera ocurrir, al hijo del empedernido conquistador de mujeres guapas. Sí. Se trataba de un caso de conciencia, y él no hubiese podido sufrir los reproches de la suya ocultando a los familiares de Ferragut su peligroso desvío tan distinto a los anteriores, que no pasaron de ligeros resbalones.

Y ahora que había cumplido con su deber, el obeso cocinero del *Mare Nostrum* despidióse del muchacho y salió de la casa, para regresar cuanto antes al buque, que era donde estaba más tranquilo y seguro.

Lentamente, sosteniendo aún en su interior ruda lucha la suposición y la duda de haber obrado bien, tío Caragol lanzóse a la calle preocupadísimo. Esta lucha, que parecía haberse sofocado al despedirse del niño, encendióse de nuevo y con más bríos, apenas se vió en la escalera.

Echó a andar hacia la Plaza de Antonio López, y al cruzar el arroyo, para alcanzar el Paseo de Colón, un automóvil le dió un susto descomunal. Absorto en sus meditaciones, el barrigudo Caragol no oyó los bocinazos del coche y no pudo escapar, a pesar de la pericia del chófer, a un roce que le hizo saltar de miedo.

Afortunadamente la cosa no pasó de susto, y al ver como el chófer seguía adelante murmurando contra él, tío Caragol, que se creía con derecho a una satisfacción, le dirigió una carta de improperios de su extenso repertorio, los cuales, si bien no atentaban contra la religión, dejaban en muy mal lugar a la señora madre del conductor del coche.



## LA MISIÓN DE FERRAGUT

Cinta, que no pudo conciliar el sueño en toda la noche, encontró al amanecer el siguiente papel de su hijo:

Mi querida mamá:

Me he marchado a buscar a mi padre. Llevo dinero de sobra y tengo gran fe en encontrarlo. Adida. Tu hijo que te quiere mucho.

Esteve

A su dolor, tan insufrible ya, añadióse un nuevo dolor. ¿Por qué se había marchado su hijo? ¿Qué sabía él, inocente criatura, de los peligros del mundo?

Arrasados sus ojos de lágrimas, miró por el marco de una ventana hacia lo infinito, y rumorizaron sus labios una súplica que partía de su alma. ¿Que no le sucediese nada malo a su hijo, Señor! No merecía castigo su hazaña de hombre. Iba en busca de su padre, co-

mo un pastor tras de la cabeza descarriada. ¡Sublime precocidad!

En tanto, muy animado, Esteban navegaba hacia Nápoles, y su buen sentido común tuvo ocasión de ponerse a prueba no revelando a nadie el secreto de su viaje.

¿Qué le diría su padre al verle? ¿Qué palabras emplearía Esteban para enterarle de que lo sabía todo y que había ido a buscarle para llevárselo a la fuerza, arrancándolo de la aventura que le había vuelto el juicio?

Difícil resultaba, en verdad, encontrar esas palabras, y ya estaba seguro Esteban de no encontrarlas aunque se pusiera cada vez más nervioso, desmpeñándose por ello, cuando una voz interior le dijo que al reunirse con su padre no tendría necesidad de hablarle. En efecto, ¿qué mejores palabras que las cariñosas súplicas que sabrían dirigirlle sus ojos?

Si. Si. Sus ojos, sus lágrimas hablaban mucho mejor que las más hábiles labias.

Y Ferragut no podría negarse a seguir a su hija. Esteban tenía la seguridad de ello, ya que para su padre el era su orgullo, su gloria, lo mejor que podía.

El buque en que viajaba el muchacho sonaba majestuosamente las aguas. Esteban se entretuvo contemplando el hervor de la espuma que subía por el flanco del buque y que moría con un rumor de vergueta.

Pero pronto no vió más Esteban que el palacio de Chiaia, y su imaginación de adolescente le hacía ver a su padre en los brazos de la aventurera, dueño de toda su belleza.

Y aunque las escenas frívolas, imaginadas o contempladas en dibujo y, alguna vez, en la realidad misma, nublgan tanto a los jovencitos, Esteban no pudo reprimir un gusto de contrariedad. Se trataba de su padre. Aquella mujer le había robado los abrazos que él esperaba recibir en Barcelona al llegar el *Mare Nostrum*, compartiendo el cariño del adorado capitán con su bondadosa madre.

Y el viaje se le hizo largo, largo, interminable...

La diplomacia alemana no trabajaba ya para mantener a los italianos a su

lado, sino para impedir que se fuesen con los adversarios.

El conde Kaledine entrevistóse con la doctora y le dijo, malhumorado:

—Malas noticias de Roma. Estos italianos se nos escapan.

Furiosa, la doctora dió un golpe en la mesa de trabajo a cuyos lados centinelas y frente a frente se hallaban sentados el Conde y ella, y repuso:

—Yo nunca creí en este país de mandolinistas y cantantes.

El conde asintió, y luego ocupóse de Ferragut:

—Y el capitán español, ¿qué piensa?

Con desdén hacia el aludido, la doctora contestó:

—Los hombres a los que enloquece el amor no piensan en nada. Será un buen instrumento para nuestra causa. Freya lo tiene bien sujeto.

Que Ulises y Freya se amaban era cierto. Su idilio era eterno. El aposento de la hermana era una verdadera cárcel perfumada para el capitán. La amante parecía pasarse días enteros en ella, hablando de su pasión como en un sueño del que no quisieran despertar nunca...

Ferragut paseóse del brazo de Freya por la ciudad, orgulloso de ostentarla como suya; pero a pesar de la satisfacción de su vanidad personal que ello le representaba, prefería encerrarse en la cámara de su amada para estrecharla contra su corazón a su antojo, repitiéndole promesas de amor ciego.

Freya no había amado nunca. A lo sumo fue amada... pero siempre por puro capricho, más o menos tiempo...

Ferragut no quería saber nada del pasado de ella, pues el pensar en que otros la habían conocido como él ahora, le entorpecía en su pecho una montaña de celos.

Freya, para avivar la ilusión de Ferragut, ponía en juego toda su coquetería y presentábase ante él siempre más hermosa y seductora. Los más mínimos detalles de su persona cuidábalos con escrupulosa minuciosidad, para que su amado no encontrase en ella la menor imperfección, no tratándose a sí misma como mujer solamente, sino como mujer apasionadamente enamorada que cifra todo su orgullo en que sus encantos, límpidos como brillantes, sean el poderoso imán que haga sólo suyo a su dueño, convirtiéndola, como ella de él, en su esclava.

Algunos sustentan la teoría que cuando hay amor, todo lo que hacen los que se aman parece perfecto. Esto es absurdo, ya que es innegable que, por mucho amor que sientan dos seres de distinto sexo, cualquier detalle íntimo olvidado fuera del ámbito de los secretos de la mujer puede provocar, si no la extinción rápida, el amortiguamiento de ese amor hasta el punto de considerar a todas las mujeres a un mismo nivel...

Aquel día, Ferragut, despertando de profundo sueño protegido por el perfumado calor de Freya, sobre cuyo

hombro derecho estaba apoyada su cabeza, mientras ella se perfumaba la boca y el rostro para estar siempre tentadora, le dijo, como consecuencia de anteriores reflexiones:

—Tendré que irme. Me esperan en Barcelona; no tengo noticias... ¿Qué será de mi buque?

Freya sintió una vaga inquietud. De pronto abrióse ligeramente la puerta a la que los amantes daban la espalda, y Freya, que oyó el chirrido de la hoja, volvióse discretamente para ver quién era el que llegaba.

—¿Acaso la doctora?

—Tal vez el conde.

Era el secretario de la doctora. Se detuvo detrás de la puerta e hizo señas a Freya de acercarse.

Freya fue a colocarse junto a la puerta y esperó las órdenes que le traía el miembro de la asociación.

El empleado, sin asomar su cabeza al interior del aposento, para que no le viese Ulises, parlamentó misteriosamente con Freya.

La conversación fue breve. Freya cerró la puerta sobre el secretario y volvió al lado de Ferragut, a quien, mirándole fijamente, habló así:

—Se acerca el momento de que cumpas tu palabra, de que te sacrifiques por mí. Luego podréis marcharte a Barcelona, y yo... yo iré a juntarme contigo. Si no puedo ir, ya nos encontraremos... El mundo es pequeño.

—Yo no renunciaré nunca a ti, Fre-

ya, ¿lo oyes? Prestaré a la doctora el servicio que quiere pedirme, y vendré a buscarte.

Friya, emocionada, levantóse del diván y llenando una copita de licor se la ofreció a Ferragut, para que cobrase ánimos antes de presentarse ante la doctora para tratar del servicio que debía prestarle.

Ferragut aceptó la copita, puso su borde en los labios de Friya, le hizo beber un sorbo y luego agitó el el resto con fruición porque el licor tenía el mismo perfume de su amada.

Friya ayudó a ponerse la americana a Ferragut, y antes de marchar éste hacia el gabinete de trabajo de la doctora, que le estaba esperando, besáronse con frenesí, largamente, como si los dos tuvieran idéntica noción del peligro que los amenazaba.

A poco apareció Ferragut en el despacho de la doctora donde seguía en plática con ella el conde Kaledine.

Ferragut saludó a ambos amigos y se puso a las órdenes de la doctora.

—Todo está listo, capitán — dijo la alemana—. Como no he podido disponer de su buque, le hemos buscado otro. Usted se limitará a seguir las instrucciones del conde.

Ferragut miró al conde, pendiente de sus palabras, y el supuesto ruso le preguntó:

—¿Conoce usted el extenso banco llamado de la Aventura?

—No hay rincón que yo no conozca en el Mediterráneo.

El conde le mostró un mapa y en él señaló Ferragut el banco de la Aventura.

Satisfecho, el conde continuó:

—¿Puede usted llevarnos a ese punto sin dificultad?

—Naturalmente.

La doctora y el conde cambiaron elocuentes miradas. Todo iba a pedir de boca. La marcha sería inmediata. Todo estaba preparado y era preferible no dejar para más tarde lo que podía hacerse al momento.

La doctora llenó tres copitas de licor y alzando la suya, invitándola el conde, brindó por el almirante de la escuadra alemana. Ferragut, indiferente, también brindó.

La doctora había dicho a Ferragut que "ya que no había podido disponer de su buque, o sea, del *Mare Nostrum*, le habían buscado otro", pues se necesitaba un barco para transportar algo al banco de la Aventura.

Ese algo era sencillamente combustible para los submarinos alemanes.

Ferragut pensaba hacer el transporte en el *Mare Nostrum*, pero al confiarle el secreto a Toni, su segundo, el leal subalterno se sublevó, negándose rotundamente a hacer tal viaje. Su actitud era tan categórica, que Ferragut se vió obligado, para no perderla, a renunciar a contar con el *Mare Nostrum*, y fué a causa de ello que lo mandó a



Barcelona, encargando de su dirección a Toni, ya que él se quedaba en Nápoles.

Los relatos de las hazañas de los submarinos habían horrorizado a Toni, y por nada del mundo aceptaría éste prestar ayuda, fuese como fuese, a los causantes de tantas víctimas. El capitán podía hacer lo que se le antojase. Pero no dejaba de lamentar que no opinase como él porque había por medio unas faldas excitantes.

No le costó gran trabajo a la doctora encontrar un barco a propósito, y en seguida iba a embarcar Ferragut con él.

Salieron el capitán y el conde del gabinete de la doctora, acompañados de ésta; y cuando se hallaban cerca de la puerta de la casa, abrióse la de la habitación de Freya.

La hermosa mujer estaba pálida y temblorosa. Al verla Ferragut le tendió sus brazos y ella se apechó en ellos, besándole sin cesar, como si aquellos fuesen los últimos besos que le daba.

Ferragut besóla también, y emocionóse sobremedura al beber, con sus ca-

ricias, sus lágrimas que rodaban sin tregua por sus apagadas mejillas.

El conde y la doctora no se inmortalon. A lo mejor Freya estaba fingiendo un cariño que no había sentido jamás.

Pero Freya sufría tanto, que dijo a Ferragut, apretándose más contra su pecho:

—No voyas, Ulises. El corazón me anuncia algo funesto.

La indiferencia del conde y la doctora trocóse en miradas agresivas. Crisparon sus manos y dieron fin a aquella inesperada escena separando a los amantes a viva fuerza, encargándose la doctora de que Freya saltase a Ferragut.

El marino separóse del conde y despidióse nuevamente de su amada.

—¡Adiós, Freya! No temas. Volveré.

Freya, desaparecido que fué Ulises, exclamó, mirando de sus ojos un nuevo raudal de lágrimas:

—¡Ah, lo amo, lo amo!

—Vamoa, Freya. No sea usted niña — dijo la doctora.

Pero Freya no se pudo consolar.

## LA TRAGEDIA

El conde Kaledine embarcó con Ferragut en el buque que el servicio secreto alemán se había encargado de encontrar. Ferragut supuso que el conde le acompañaba como simple espectador, pero era otro el motivo de su viaje.

Parte de la tripulación del barco es mayoría de jóvenes alemanes.

A los tres días de navegación llegó el buque al solitario banco de la Aventura compuesta de viejos marinos y la tura, y un submarino salió a su encuentro.

El conde se mostraba, contrariamente a su costumbre, en grado sumo jovial y sus ojos brillaban de entusiasmo.

Los tres días de navegación habían sido tres siglos de impaciencia y ansiedad para él.

Para Ferragut también fueron largos, pero tranquilos. Pensaba en Freya, a la que deseaba volver a ver pronto, y es-

taba muy ajeno a las consecuencias que su acto iba a acarrearle.

Súbitamente surgió de las entrañas del mar el sumergible que el conde esperaba febrilmente.

El monstro de acero salió enteramente a flote como levantado por manos poderosas e invisibles y vino a colocarse a uno de los lados del velero.

La tripulación alemana del barco había izado bandera nacional para darse a conocer al submarino, y al acercarse el rey silencioso de las aguas, los alemanes que hasta aquellos momentos habían prestado sus servicios a su patria como marineros del transportador de combustible, despojáronse de sus vestidos de paisanos y los cambiaron por uniformes navales.

El comandante del submarino pasó al velero para saludar al conde, quien, como la tripulación alemana de simples

marineros, se había revestido de las insignias de marino de alta categoría.

Ferragut observó todo aquello con inenarrable sorpresa. La importancia de la asociación secreta de espionaje alemán le dejaba atónito.

Además, Ferragut estaba colmado, como el primer día que conociera al conde, pues apenas el submarino abordó el velero, el fingido noble ruso volvió a aparecersele soberbio y autoritario.

No cabía duda: el conde estaba por encima del comandante del submarino.

Las latas de combustible fueron pasando del velero al sumergible, y cuando la descarga y carga, respectivamente, quedaron ultimadas, despidióse el conde de Ferragut.

Ulises estaba arrepentido de haberse encargado de la misión de alimentar los monstruos navales, porque hasta aquel momento no había comprendido el engaño de que había sido víctima. Bastóle oír reírse con amoras currajales al comandante del sumergible, que el conde le presentó. El oficial estaba contento, muy contento. ¡Ahí era nada encontrar combustible en pleno Mediterráneo sin haber sufrido el menor tropiezo con los barcos enemigos!

El conde tuvo, sin embargo, palabras de gratitud para Ferragut, aunque en el fondo no había en ellas más que punzante ironía.

—El éxito ha sido completo gracias

al capitán Ferragut — dijo al comandante del submarino.

El alemán estrechó efusivamente la mano del capitán, y éste correspondió al saludo como un autócrata.

El velero quedó con tres o cuatro hombres. Ferragut debía conducirlo a buen puerto para devolverlo a su propietario. El servicio secreto alemán lo había prestado todo con orden insuperable.

El conde, una vez que el submarino se hubo tragado el combustible que le trajo el velero, dió orden de prepararse a marchar en seguida, y saludó a Ferragut desde la escotilla, diciéndole además:

—Salude en mi nombre a las señoras. Dígales que pronto oirán hablar de nosotros. Vamos a hacernos dueños del Mediterráneo.

Poco después, el sumergible desapareció en las aguas...

Ferragut, intensamente pálido, siguióle con los ojos hasta que se hundió en el abismo, y murmuró frases de indignación...

Pero el mal era ya irremediable.

Mientras Ferragut navegaba con rumbo al banco de la Aventura, su hijo Eadban llegaba a Nípolos afanosos de encontrarle.

El valeroso muchacho empezó sin dilación sus pesquisas en busca del autor

de sus días, pero fracasando en todas ellas, dedujo que Ferragut se había ausentado de la ciudad. Dios sabía hacia dónde, y decidió regresar a Barcelona, ya que no podía calcular de ningún modo el probable regreso a Nápoles del querido deudo.

Ferragut, efectuada la devolución del velero a su propietario, se vio libre de compromisos y respiró a sus anchas, olvidando, para la tranquilidad de su conciencia, lo que había hecho por el amor de una mujer.

Su pensamiento volaba hacia Freya. Sus caricias le compensarían sobradamente de su servicio a la causa alemana.

Dirigióse a Nápoles, y al llegar encontró una animación extraordinaria. ¡Era la guerra!

Las tropas desfilaban entre los vítores del público por las calles más céntricas.

Las bandas militares arrastraban a la lucha con la sonrisa en los labios a los soldados.

A juzgar por el entusiasmo del pueblo y el buen humor de los militares, la guerra venía a ser como un paseo triunfal, al que se debía ir cantando...

Pero a Ferragut no le importaba tanto aquello como el reunirse con Freya.

En busca de ella fué al palacio de China.

En su precipitación olvidóse de saludar a la portera, que era una mujer tan chismosa como susceptible.

—¡Oiga! — gritóle ésta—. Las señoras ya no viven en la casa.

—¿Cómo? ¿Que no viven aquí?

Sin decir una palabra más subió Ferragut al piso y comprobó que en él no había nadie. ¿Dónde se hallarían Freya y la doctora? ¿Huyeron acaso de Nápoles?

Al salir a la calle, la portera le detuvo. Ella sabía que era una mujer humilde, pero quería que la considerasen como a la más pintada señora.

—Bien podía usted ser como mi hijo, que es un muchacho muy atento — le dijo.

—¿Mi hijo? ¿Está usted soñando, señora?

—Estoy en mi juicio y me refiero a su hijo de usted. Durante una semana no hubo día que no viniera aquí en busca de noticias suyas.

—Pero... ¿Ha dicho usted que era mi hijo? ¿Cómo es posible? A ver, hable, dígame cómo era ese muchacho... cuénteme lo que le dijo... ¡hable usted, por Dios!

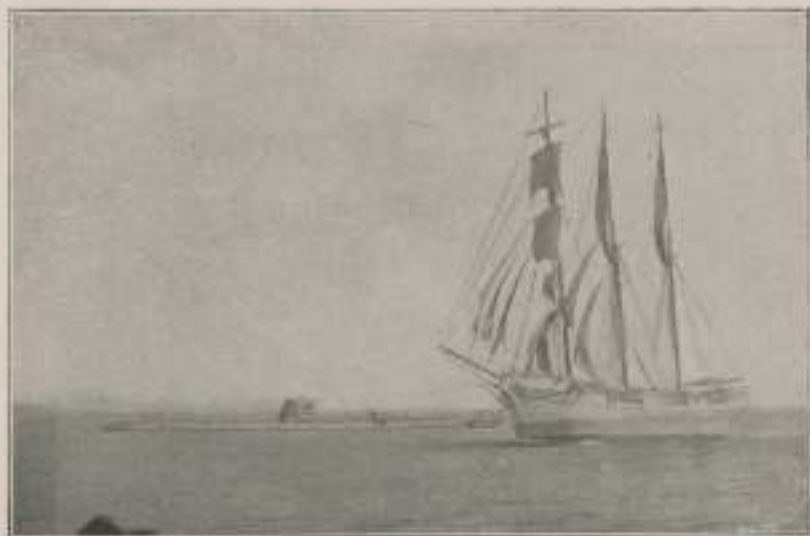
—Calma, calma... Yo se lo diré a usted todo, que un encargo me dió ese jovencito para usted.

La portera no omitió detalle de las sucesivas visitas que le hizo Esteban cuando se hallaba en Nápoles. Preguntaba por su padre. Nadie sabía darle noticias suyas. Quizá ella lograría saber algo de tarde en tarde. Pero como ella no sabía nada tampoco, resolvió el muchacho regresar a su punto de ori-





¡Adiós, Freya! No temas. Volveré.



A los tres días de navegación llegaron al solitario banco de la Aventura y un sumergible salió a su encuentro.



—¿Un sumergible ha atacado a) «California»?



—Acababa de apartarse de mí para ver mejor el sumergible.



— ¡Oh, perdón, Príca!



— Yo no quiero morir, Ulises. ¡Llévame contigo!



- ¡Not! ¡Aparta!... ¡Qué infamia!



Lucharon ferozmente, no comprendiendo el conde el cambio operado en Uliass.





- ¡Mi hijo... mi único hijo murió hecho pedazos en el torpedeamiento del «California»!



- Muerte no es tan horrible como parece cuando se ve de lejos...



Un oficial la colocó en el poste de ejecución y le ató las manos.



Las bocas de los fusiles, convergiendo en el corazón de la heroína, iban a enviarle la muerte.



El comandante del sumergible espía por el ojo del periscopio los movimientos del «Mare Nostrum».



El «Mare Nostrum» estaba perdido.



Satisfecho, sonriente, el comandante del sumergible rayó en su lista de buques navegando por aquellas aguas, el nombre del «Mare Nostrum».



La severa disciplina desapareció al mostrar sus descarnadas fauces la muerte.



gen, y le dijo: "Si mi padre vuelve por aquí, hágame el favor de decirle que yo me marché a Barcelona".

La confirmación de que su hijo había ido a buscarle a Nápoles anonadó a Ferragut. ¡Qué sorpresa! Pero, ¿por qué Esteban había hecho aquel viaje?

Debía volver a su casa, asegurarse del regreso de su hijo y justificarse ante Cinto... Sí. Era su obligación. Razón tenían todos de estar quejados de él. Había exagerado la nota; lo reconocía con pesar.

Regresaría a Barcelona aquella misma noche.

Embarcó en un buque francés que iba con rumbo a Marsella. La mayoría del pasaje eran militares con sus familias, oficiales de las colonias y soldados.

En Marsella confundía Ferragut encontrar el *Mare Nostrium*.

Por su título de capitán y por comprenderlos los oficiales del francés le trataron fraternalmente, y parecían a Ferragut como si estuviera en su propio barco.

Para distraerse charlando con los marinos, entró al cerrar la noche en la cámara de la telegrafía sin hilos.

No ocurría nada de particular. Los aparatos descansaban. De pronto el telegrafista calóse los auriculares y escuchó.

—Es del "Californian" que me da las buenas noches. Va a acostarse. No ocurre novedad — dijo a Ferragut librándose de los auriculares.

El "Californian" era un barco inglés que navegaba con rumbo a Barcelona. Gracias a la telegrafía, los oficiales podían hablar a distancia como si se hallasen frente a frente, y así mataban el tiempo, venciendo el sueño.

Ferragut y el telegrafista del buque francés conversaron. Los submarinos, obsesión moderna de los navegantes, tomaron parte importante en la plática. El número de las víctimas que aquellos causaban en el Norte era escalofriante.

—Los que navegamos por el Mediterráneo no tenemos nada que temer; aquí no hay sumergibles — dijo el telegrafista.

Ferragut mordióse los labios. Él sabía que los submarinos hacía rato que se paseaban por su mar, pero, eso sí, no habían realizado ninguna hazaña en él. Por ahora podían estar tranquilos los que navegaban por el *mare nostrum*.

Pero...

Ferragut no estaba tranquilo...

Y si tenía algunos temores, éstos no podían ser más ciertos... porque en aquellos momentos un submarino, el mismo cuyo mando tomó el conde Kaledine al embarcar en él al abandonar el velero cargado de combustible, acechaba al "Californian". El conde, observando el buque por el ojo del periscopio, dió súbitamente una enérgica orden y a la misma siguieron varios cañonazos. ¡Atacaba al "Californian"!

El telegrafista del buque francés calóse nuevamente los auriculares al re-

cibir un aviso desesperado, y saltando sobre su silla exclamó:

—¡Es del "Californian", pidiendo auxilio!

El rostro de Ferragut adquirió cada-  
vérica expresión. ¿Qué le había ocurrido  
al "Californian"?

El telegrafista siguió recibiendo el  
desesperado aviso lanzado a muchas mi-  
llas, y continuó enterando a Ferragut  
de lo que había sucedido:

—¡Un sumergible ha atacado al "Ca-  
lifornian"! ¡Ya están en el Mediterrá-  
neo! ¿Cómo han podido llegar hasta  
aquí?

Ferragut hizo desesperados esfuerzos  
para callar. El podía gritar muy alto  
cómo habían llegado los monstruos ocul-  
tos a su adorado mar. El podía decir-  
les dónde encontraron gasolina. ¡Qué  
horror!

—¿Y qué dicen más? — preguntó  
Ferragut—. ¿Están perdidos? ¿No les  
ha prestado nadie auxilio? ¿Ningún bu-  
que de guerra se hallaba cerca del "Ca-  
lifornian"?

Desesperadamente intentó el telegra-  
fista seguir recogiendo las ondas del  
"Californian", pero ya no se oyó nada.

Entonces, aterrado, comprendiendo  
la magnitud de la catástrofe, subió a  
cubierta y puso al corriente al capitán  
de lo acaecido.

Inmediatamente, procurando no alar-  
mar al pasaje, se dieron órdenes de ha-  
cer rumbo al lugar del ataque, para au-  
xiliar a los náufragos.

Otros buques recogieron también el  
aviso del buque herido a cañonazos y  
finalmente torpedeado, y acudieron, co-  
mo el francés en que iba Ferragut, a  
prestar auxilio a las víctimas.

El pasaje del buque francés se con-  
tró prestamento de la tragedia ocurrida  
al barco inglés, y con el natural es-  
panto se amontonaron sobre cubierta,  
pegándose a la borda y horadando con  
sus ojos las negruras del mismo lago.

Ferragut hubiera querido morir. Va-  
gó como un alma en pena. El remordi-  
miento le hizo ocultarse en su camarote;  
pero no pudo seguir en su abli-  
miento. Necesitaba ver y saber toda la  
magnitud de la catástrofe.

Subió a cubierta y confundióse con  
los espectadores.

Un bote repleto de náufragos del  
"Californian" fué recogido por el bu-  
que francés. Las escenas que se desarro-  
llaron a medida que iban siendo sal-  
vados los que lo tripulaban fueron a  
cual más conmovedora.

Una niña se abrazó a las piernas de  
Ferragut y preguntóle temblando de  
miedo, como enloquecida de espanto:

—¡Mamá! ¿Dónde está mi mamá?

¡Qué horrible tortura para Ferragut!  
Se consideraba un monstruo mil veces  
peor que el que había realizado la sacri-  
ficia. Hacía.

¡Oh! ¿Que le apartasen pronto aque-  
lla niña, o no podría seguir viviendo!

Una mujer, cubierta con largo cami-

da, apareció sobre cubierta y recogió a la niña que lloraba.

Otra mujer apareció braceando lozamente, buscando a su hijito. Unos oficiales franceses la dominaron no sin esfuerzos, conduciéndola a la enfermería.

Sobre las aguas flotaban los cadáveres de los que, en su desesperación, no esperaron la salvación más probable en los botes que fueron arrojados al mar al iniciarse el ataque del sumergible.

Un hombre nadaba con ahínco y hacía gestos para llamar la atención de los espectadores del buque francés. Lloraba una boyita y fué salvado.

En tanto, del "Californian" no quedaba más que una densa humareda que ascendía compacta y lentamente hacia el cielo, tiñéndole de luto.

Algunos naufragos que llegaron sanos y salvos al buque francés daban explicaciones del suceso. El que parecía estar más enterado y dispuesto a hablar era un joven que se expresaba en una mezcla de francés e italiano. Ferragut le escuchó y observó atentamente.

El joven hablaba atropelladamente de un amigo suyo. Le horrorizaba pensar en lo que había sido de él. ¿Y él tenía la culpa!

Ferragut no titubeó en preguntarle: —¿Es usted español?

El joven le miró sorprendido y respondió:

—Sí, señor, y mi amigo, ese muchacho

de que he hablado antes, también lo era. El pobre quería regresar por tierra, y yo le di un día a última hora demostrándole las ventajas del viaje por mar. ¿Quién podía imaginarse que los submarinos alemanes estaban en el Mediterráneo? ¡Oh! ¡Si lo hubiese sabido! ¡Si lo hubiese sospechado!

El joven, desorbitados sus ojos revelaba a su amigo en el momento trágico de la explosión del "Californian". Era una visión que lo aterraba, le enloquecía, le aniquilaba.

Ferragut le suplicó que terminase. No sabía por qué, le interesaba conocer el final del drama.

—Le conocí en Nápoles, ocupado en buscar por todas partes a su padre... — continuó el joven.

¿Cómo? ¿Buscaba a su padre? Ferragut temblaba. ¿Qué es lo que se imaginaba? ¡Oh! ¡No era posible! ¡No podía ser!

—¿Y qué? — dijo al joven con la mirada.

—Acababa de apartarse de mí para ver mejor el sumergible, y se colocó precisamente en el lugar de la explosión.

Refirió que los dos se hallaban a popa, y que él, el joven, al ver el surco del torpedo, apartóse y quiso empujar consigo a su amigo. El muchacho se empeñó en seguir en su observatorio... y a poco el torpedo, al incrustarse en el alma del buque lo hacía astillas.

—¡Oh! ¡No puedo seguir! ¡Qué atrocidad! Mi amigo desapareció en el aire



mezclado con los maderos del buque... y después no vi más que una llamarada inmensa como inmensa ola de sangre.

—Y ese muchacho... ¿quién era? —  
inquirió Ferragut, tambaleándose.

—Era de Barcelona. El padre manda

un buque... Es el capitán Ulises Ferragut.

Ferragut quiso gritar. No pudo. Estendió sus manos para buscar apoyo. No le encontró...

Y cayó pesadamente al suelo.



## ¡VENGANZA! ¡VENGANZA!

Pasaron algunos días...

Cinta aprovechó el misticismo de la Semana Santa, fortificándose en la religión donde encontraría el consuelo por la pérdida del hijo amado.

Eran dos muertes las que lloraba: la de Esteban y la del amor de Ulises.

Una barrera infranqueable la separaba del que inconscientemente había sido el autor de la muerte de su hijo.

Su espíritu religioso no le permitió perdonar, y buscando la protección divina murmuró:

—¡Que Dios perdone a Ulises!... Yo... ¡no puedo!

Aquel día hallábase Cinta en una de las naves de la catedral orando por su hijo, y mientras las notas místicas del órgano llenaban los silenciosos ámbitos de la mansión consoladora, parecióle ver a Esteban llamándola al cubrirle las oías que lo acogieron en su seno. Dió un grito, y, alucinada por la visión,

avanzó unos pasos para abrazar al hijo perdido. La visión se esfumó y la pobre madre rompió a llorar.

Un caballero que lloraba allí también sus penas, le ofreció el amparo de sus brazos para acompañarla hasta su casa.

... ..

Cuando Italia entró en la guerra, la doctora Fedelmann trasladóse a Barcelona, donde se prometía hacer grandes cosas.

Freya, que la siguiera, vivía en horrible tortura, y como ello no había pasado inadvertido por la doctora, quiso la fatalidad que la inflexible mujer mandase interceptar una carta que aquella dirigía a Ferragut.

La carta en cuestión, violada por la doctora, constituyó para ésta una prueba indiscutible de que la joven espía

empezaba a ser peligrosa para la asociación.

Freya decía, entre otras cosas, a Ferragut, su amado del alma, lo siguiente:

Supiste la del torpedeamiento del "California" y la muerte de tu hija... No te hablaré de esto; lloré mucho, ocultándome de la doctora. Desde entonces la odio.

¡Ulises! ¡Amor mío!... Conozco bien tu alma y al verme en peligro acudo a ella. ¡Sálvame! ¡Llévame contigo!

Freya

La doctora, chispeándole los ojos buscó una ficha en su archivo y dictó un orden. Freya estaba en sus manos. Ya sabía la rebelde cómo castigaba la asociación su odio.

—Freya irá a reemplazar inmediatamente al agente número cuarenta y siete que trabaja en Marsella. Usted le telegrafiará instrucciones falsas, valiéndose para ello de una de las claves que sorprendieron los franceses.

La venganza de la doctora estaba clara. Nada de consideraciones para los que se volvían contra ella. El interés de la patria reclamaba el exterminio de los que pudieran causarle daño.

Telegrafando instrucciones falsas a Freya cuando ésta estuviese en Marsella, lograría que, al sorprenderlas las autoridades francesas como verdaderas y redactadas en la clave por ellas conocida, la infeliz espía sería inmediatamente detenida.

Y detener a una espía significaba su supresión inmediata...



Ferragut, al desembarcar en Marsella del buque francés en el que supo la trágica muerte de su hijo, fué conducido a un hotel del puerto.

Estaba enfermo. Le habían desembarcado en doloroso mutismo. Quería morir...

Cuando se enteraron de lo ocurrido, Toni y el tío Caragol apresuráronse a reunirle, para prodigarle sus cuidados y salvarle de la desesperación.

La obsesión de Ferragut era vengarse.

—El resto de mi vida — había dicho a Toni — estará dedicado a vengar a mi hijo. Los aliados necesitan barcos. Pues bien; yo les daré el mío y mi persona.

Un día, mientras Toni hablaba con Ferragut, que se encontraba casi restablecido, cayó una piedra dentro de la habitación por la ventana. Un papel cubría el proyectil.

Ferragut recogió el misterioso envío y asomóse a la calle.

Una mujer, de aspecto de criada, le miró y desapareció por una callejuela inmediata.

Entró Ferragut en el cuarto y se impuso de lo que el papel venía a comunicarle en una ciudad donde no podía esperar comunicaciones de nadie y sobre todo enviadas de modo tan anormal.

Toni se encogió de hombros. ¡Bah! Una broma de alguna despreocupada.

Pero Ferragut presentía algo importante, y leyó el papel. Decía:

*Si el capitán Ferragut va esta tarde a las cinco al número 50 de la rue de la Croix, se le enterará de algo que es de gran importancia para él.*

Toni leyó también la cita, y volvió a alzar sus hombros, confirmando que se trataba de una broma de alguna mujer que conocía al capitán.

Acicateado por la curiosidad y pre-

sintiendo algo que no quería confesar-se a sí mismo, Ferragut acudió a la invitación por la tarde a la hora indicada.

Llamó en la casa donde se le esperaba y salió a recibirle una linda doncella de servicio. Presentóse.

—Soy el capitán Ferragut.

Sin anunciar su llegada, la doncella abrió una puerta y apareció ante Ferragut un coqueto salón, escasamente amueblado.

Entró. De pronto, surgiendo de detrás de un biombo, presentósele Freya, hermosa como siempre, pero velado su rostro por suave tristeza.

Al columbrarle, Freya, impetuosamente, abrió sus brazos y los tendió a Ferragut, para apresarlo en ellos como antes y sentir, teniéndole junto a ella, el calor de su protección que tanto necesitaba.

Por un momento Ferragut estuvo a punto de olvidar la fatalidad que el conocerla le había acarreado, pero cuando iba a reunirse con Freya, se detuvo repentinamente y la rechazó. Estaban acabando de ordenarle que rehuyese el contacto de aquella mujer para evitarse nuevos males.

Freya insistió en su pretensión, poniendo en ello su alma, mas Ferragut, obedeciendo el grito de venganza que desgarraba su pecho cada vez que recordaba lo que habían hecho con su hijo los que él un día llamó amigos, la apartó violentamente de sí, arrojándola de un formidable empujón al suelo.

Freya cayó pesadamente a los pies de un diván.

Oyóse un gemido. Ferragut iba a marcharse, pero sus instintos humanos le obligaron a quedarse. ¿Habría herido a Freya al tirarla sobre el mueble?

El rostro de la espía estaba pálido y delataba su sufrimiento. Ferragut la observó unos instantes, y al mover Freya la cabeza vió que unos hilos de sangre surcaban su sien derecha.

Arrepentido de su gesto brutal arrojóse Ferragut junto a la herida, empapó un pañuelo en el agua de unas flores y refrescó la parte lastimada de la hermosa.

—¡Oh, perdón, Freya! — murmuró.

Ella no se quejaba de la herida. Estaba contenta de que él la hubiese maltratado. Lo merecía. Mayor era el daño que ella le hiciera.

Procurando sonreír, Freya acarició el rostro del amado e hizo ademán de ir a besar sus labios.

Ferragut volvió a rechazarla. Su hijo le separaba de Freya, a pesar de recordar lo feliz que había sido con ella en Nápoles. ¡No! Todo había terminado entre los dos. ¡Todo! ¡Todo!

Freya suplicó piedad.

—No, me odias, Ulises... ¡Oyeme! Tú no conoces mi verdadera existencia. Te he mentado siempre; he escapado a tus averiguaciones en nuestra época feliz. Quería guardar en secreto mi vida anterior... ¡olvidarla!

—¡Mentira! ¡Mentira!



—Verdad, Ulises, verdad... Escúchame... La doctora se apoderó de una carta que yo te escribí en Barcelona... Han querido suprimirme: estoy segura de ella. Por eso me han mandado aquí. Tú no puedes abandonarme, Ulises; tú no desearás mi muerte.

Ferragut no la creía. Ya no le importaba ella nada.

—Aquí me tienen más segura que en una cárcel. Me han dado medio para entrar, y sólo ellos me pueden hacer salir.

Era inútil que se esforzara en hablar a Ulises. Aunque él reconociera que aun la amaba, no podía olvidar. Era más fuerte el dolor de la muerte de su hijo que el amor de ella. ¡No la vería más!

Freya arrodillóse y redobló sus lastimeras súplicas.

—Yo no quiero morir, Ulises. ¡Llévame contigo! Si tú no me sacas de aquí estoy perdida.

Ferragut vaciló. Ella besaba sus manos con humildad de huérfana que busca amparo. ¿Sabría el negárselo viéndola tan desgraciada?

En aquel momento vió el marino el magnífico abrigo de pieles y las joyas de la espía, y en un arranque de indignación la rechazó nuevamente.

—Con lo que te den por todo eso puedes vivir holgadamente.

Inguiéndose con altanería, Freya mostróle su tesoro en adornos y justificóse de poseerlo aún sin que pasara por su mente la idea de desprenderse de ninguna de sus joyas.

—Tú no sabes lo que esto representa para mí. Es mi uniforme, mi blasón, el salvoconducto que me permite sostenerme en el mundo de mi juventud. Las mujeres que vamos por la tierra necesitamos las alhajas para seguir nuestro camino sin obstáculos.

Lloraba y se mantenía en actitud orgullosa. Ferragut apiadóse de su inmenso dolor, y una fuerza extraña le empujaba a ella. Sus labios iban a encontrarse. Freya lo deseaba y le tentaba embriagándole con su perfume, pero otra vez el espectro de Esteban detuvo a Ferragut.

¡Tan débil era que no podía portarse como hombre, humillando así al que fué víctima de un amor loco!

¡Sabría ser hombre!

—Ulises... — susurró ella.

—¡No! ¡Aparta!... ¡Qué infamia!

Y apartándola con la misma brutalidad del primer momento, huyó para no volver a verla jamás.



Ferragut descendió de prisa la escalera de la casa, y al pie de la misma tuvo un encuentro inesperado. Todo su ser se revolucionó al cruzarse sus miradas con las de un conocido y odiado personaje.

Era el conde Kaledine.

El alemán le tendió su mano y le dijo con naturalidad:

—He tenido una travesía magnífica gracias a usted, capitán.

Ferragut apartó bruscamente la mano del conde y agresivo replicó:

—Usted me había asegurado que los sumergibles que entraran en nuestro mar sólo atacarían a los buques de guerra...

No le convenían escándalos al conde. Comprendiendo que se hallaba ante un enemigo, alzó su puño y lo derribó en Ferragut, que cayó al suelo al cogerle desprevenido el golpe.

Kaledine salió precipitadamente a la calle, pero recobrándose al momento Ferragut salió tras de él y alcanzó a verle.

Echó a correr. El conde, al verse perseguido, corrió también. La gente se interesó por lo que ocurría, y Ferragut

gritó con todas sus fuerzas para que aquél no pudiese escapar a su venganza:

—Es un espía... ¡es un espía!

La noticia corrió por las calles como seguro de pólvora y pronto el grupo de perseguidores alcanzaba un número incalculable.

El conde, cruzando las callejuelas de los barrios viejos logró tomar ventaja a sus perseguidores y se ocultó en el portal de una casa.

La muchedumbre no le vió, y creyendo que había desaparecido por una calle inmediata, echó a correr por ésta.

Ferragut tropezó en una de las calles con un cesto de hortalizas y se hirió en un tobillo. No podía correr. Quedó, pues, rezagado, y, como cosa providencial, su cojera le permitió, ya que no seguir a los demás, sorprender al conde cuando, pasado el peligro, salió de su escondite.

Se encontraron frente a frente los dos hombres. El conde alzó su bastón sobre Ferragut. Este le detuvo el brazo a tiempo, y pugnarón ambos por esgrimir aquella arma de madera maciza.

Lucharon ferozmente, no compren-

diendo Kaledine el cambio operado en Ulises.

Al fin logró Ferragut derribar al conde con su propio bastón, en tanto que los perseguidores, dando vueltas por las calles, reaparecían en el extremo de la en que se hallaban luchando los dos enemigos.

El conde sacó un revólver.

Como un tigre, Ferragut abalanzóse a él y lo desarmó.

Entre los perseguidores que acudieron se contaban varios gendarmes y oficiales militares.

Estos apresaron al conde, y delante de todos Ferragut mantuvo su acusación mortal:

—Es un espía.

Desenmascarado, perdido, el conde le acusó a su vez:

—¡Traidor!

Ferragut contrajo un gesto de agresión al detenido. ¡El, traidor! Las órbitas de sus ojos enrojecieron de ira, y gritó:

—¡Mi hijo... mi único hijo murió hecho pedazos en el torpedeamiento del "Californian"!

El conde se estremeció. No sabía que en el "Californian" hubiese perecido un hijo del capitán. No había salvación para él. La acusación del vengativo padre sería abrumadora. No se detendría ante nada ni por nadie. Había llegado su fin.

¡Con él empezaba su venganza Ferragut!

LA VENTA DEL "MARE NOSTRUM"...  
Y SU CAPITÁN

Para Freya el amor había llegado demasiado tarde. Su hermosura no estaba destinada a hacer la felicidad de un solo hombre.

Desde su más tierna infancia consideróse una hija de familia rica y co-dice siempre con la mejor sociedad, acostumbrándose al ambiente ocioso y distinguido del gran mundo.

Esperaba realizar un ventajoso matrimonio que le asegurase la continuación de su vida de reina.

Pero murieron sus padres, quedó po-brísima, y la fuerza del hábito de gran-dezas la empujó fatalmente a seguir el ejemplo de algunas de sus amigas que gozaban de riquezas y honores...

Desde entonces pasó de unas manos a otras... pero no tuvo suerte. Ella no había nacido para eso. Y así llegó a re-negar del amor de los hombres, pues

ninguno le parecía bueno, y así aceptó prestar sus servicios a la doctora Fedel-mann como agente secreto. De un modo u otro tenía que vivir en la ignominia, y la proposición de la alemana la tentó. Más que la ganancia material la sedujo, por el odio inevitable, el placer que encontraría en engañar a los hombres co-mo éstos la habían engañado a ella. ¡Ser una devoradora! ¡Un pulpo irresistible! De ahí sus largas visitas al Acto-rio de Nápoles para aprender de los monstruos que eran el símbolo del po-der que ella anhelaba conquistar hasta la muerte.

Pero se interpuso en su camino un hombre que no era como los demás, y por mucho que procuró alejarle, como una enfermedad mortal, no lo consiguió y todo su poder se vino al suelo para quedar desnudo su corazón.



Ella no pudo sustraerse a amar a Uli-  
ses.

Al principio burlábase de su pasión, tratándole como a sus antiguos adúlteros; mas luego, viendo en la insistencia y en las ridiculeces de Ferragut la más clara manifestación de buen amor, cedió... cedió poco a poco... y cuando se vió al borde de la entrega de su ser con ilusión no sentida hasta entonces, reaccionó vivamente y lo rechazó. No quería causarle ningún perjuicio. Lo mejor era que no la viese jamás...

Pero no pudo ser. Y tampoco tuvo ella la culpa. No la dejaron ser libre para mandar en su corazón. El servicio secreto exigía que Ferragut fuese una víctima más de su belleza... y cayó la nueva víctima.

¡Oh, cuánto se habían amado!

Ferragut fué su único amor, el amor que sólo nos está reservado una vez en la vida, ese amor cuyas caricias, por lejanas que sean, y por cubiertas que hayan sido por otras caricias, nos recuerdan momentos supremos de nuestra existencia; ese amor que por pecados de juventud, exigencias familiares o inconscientemente abandonamos para

recordarlo más tarde, cuando ya no hay solución para el error.

Pero todo había terminado entre los dos. La actitud de Ferragut no dejaba lugar a duda. La despreciaba. La aborrecía. Estaba en su derecho.

Sí, Ferragut tenía motivo para pegarle. Incluso para matarla. Ella lo hubiese querido. Morir en sus brazos le hubiese parecido una caricia más de sus labios. Pero no la mató. La abandonaba al dolor del arrepentimiento. No le guardaba, sin embargo, rencor. Si le había amado como a nadie en el mundo no iba a arrancar de su corazón su recuerdo, sino que le levantaría un altar para adorarlo hasta que sus ojos se apagasen para siempre, por la felicidad que le proporcionó queriéndola como era innegable que la quiso.

Se resignaría, pues, a proseguir su vida tal como la vida misma quisiera, sin inmutarse por nada al pensar en los propósitos de perderla de la doctora.

¿Para qué vivir sin sosiego, si al fin y al cabo no le importaba ya vivir? ¿Que había de venir la muerte? ¿Pues que viniera! Así como así, no podía escapar de las redes en que ella misma, por la fuerza de la fatalidad, se apresó.



Los deseos de venganza de Ferragut aumentaron considerablemente aunque pareciese que no podía haber ya más odio hacia sus enemigos en su pecho.

Con ferocidad de la que no se hubiese creído capaz, persiguió al conde Kaledine y le acusó, sin detenerse a pensar en que él había sido cómplice suyo, de espía, repitiendo, para que no escapase a nadie, su fatal acusación.

El conde podía despedirse del mundo, y Ferragut, cuyos buenos sentimientos los puso a prueba de continuo, no sentía el menor remordimiento. Era una maldad brutada repentinamente contra la que no podía oponerse. Aceptaba como una cosa muy natural la muerte del conde, y no satisfecho con eso, deseaba causar todo el mal posible a los que consideraba sus enemigos.

Le abogaba el peso que llevaba en su conciencia. El fué quien llevó a la muerte a su hijo. Pues bien: él desafiaría todos los peligros para vengarle, y

si muriere, moriría tranquilo. Se le atorajaba que tenía una deuda contralida con su hijo; y la cumpliría como hombre de honor.

Principió por Freya. Lleno de amor por ella, la repudió. Fué un sacrificio enorme. Luego, el conde. Ahora...

Ahora iba a decidir su suerte.

Perdido el amor de Cinta, que, aunque llegase a apiadarse de él, por lo que debía sufrir atribuyéndose la muerte de Bateban, no volvería a ser la de antes, pues nunca dejaría de interponerse entre los dos la barrera del crimen; perdida su fe en todo; hastiado, en una palabra, de vivir, resolvió llevar a cabo un propósito que alimentaba desde hacía tiempo.

Los transportes que realizara el *Mare Nostrum* le habían enriquecido. No necesitaba dinero, y realizando el proyecto que tenía, iba a ser fabulosamente rico. ¡Qué ironía! ¡Qué haría él con esa fortuna?

Algo podía hacer que le consolara un poco pensando en el bien que prodigaba a los demás.

Y he aquí que cierta mañana llamó Ferragut a su camarote a tío Caragol.

El cocinero presentóse al momento, tan "límpio" como siempre y oliendo a todo lo que se quiera.

—¿Me llamó usted, capitán?

Ferragut hizo un esfuerzo para hablar. La emoción se agolpaba en su garganta.

—Sí, tío Caragol... Hemos de hablar un poco... Cosas nuevas, ¿sabe usted?

—¿Malas, capitán?

—Al contrario... Ya verá usted... Todos ustedes han navegado mucho... ¿No le parece que nos hacemos viejos, y que hay que pensar en el retiro?

Sin titubear, tío Caragol, palideciendo, pues no se le escapaba que Ferragut le hablaba como despidiéndole, respondió:

—No, mi capitán.

Ferragut le miró con asombro, y continuó:

—Mañana vienen los franceses a posesionarse del vapor. Toni y todos los demás se marcharán. Sólo quedará yo.

Tío Caragol persistió en no dejarse convencer. El no tenía familia, no tenía a nadie. ¿Qué haría en tierra?

Ferragut le mostró un cheque, y le dijo:

—Voy a darle un papel; lo guardará lo mismo que si fuese una estampa bendita, y cuando lo presente en Valencia,

le entregarán diez mil duros. ¿Usted sabe lo que son diez mil duros?

Mucho dinero le parecía a Caragol un papel de diez mil duros. Contando con los dedos, no le salió la cuenta. ¡Vaya cantidad! Pero... ¿por qué le daba Ferragut aquel papel? ¿Qué haría él con las cincuenta mil pesetas?

El capitán le ayudó a dar un empleo al dinero.

—Podrá usted emplear ese capital en cualquiera empresa modesta del puerto de Valencia y vivir descansadamente sus últimos años.

¡Ah, ya! ¡El dinero era para él! ¡Qué tontería! ¿Para qué lo quería? Y se repitió qué haría en tierra, donde nadie le esperaba. No. El no abandonaría el buque. Sería su muerte. Así se lo dijo a Ferragut, y terminó enérgicamente:

—¡Que se vayan los otros! ¡Que se vaya Toni! Yo me quedo... debo quedarme. Cuando el capitán se marche, se marchará el tío Caragol.

Ferragut trató de intimidarle.

—Pero, tío Caragol, vamos a correr grandes peligros... Los submarinos alemanes nos tienen puesta la puntería.

Era cierto. La asociación secreta dirigida por la doctora se había encargado de transmitir a todos los funcionarios desparramados por todas partes la noticia de la traición de Ferragut delatando al conde Kaledine. El *Mare Nostrum* sería, pues, objeto de especial "atención" por parte de los submarinos.

En los últimos viajes que hizo Fe-



rragut después de sanar en Marsella, ya había tenido ocasión de ponerse en guardia... La vida del conde Kaledine reclamaba su vida.

Pero el tío Caragol no se asustó por ello. El seguiría a su capitán, y viviría siempre en el mar. Sonriente, contestó:

—El *Mare Nautrum* no sufrirá desgracia. Si le cambiasen el título... tal vez. Pero mientras tenga un nombre en latín que es el lenguaje de la Iglesia, y yo lleve mis santos a bordo... ya pueden echarnos torpedos los submarinos.

Ferragut comprendió que no lograría disuadir al tío Caragol de su intento de no abandonarle, y emocionado, agradeciéndole intimamente que se quedase en el buque, para poder hablar juntos de su tierra en las horas tristes que vendrían, aceptó que continuara en la cocina.

Ya vería cómo se entendería con los franceses.

Tío Caragol alivióse al tener la seguridad de que no tenía que dejar el buque, y al regresar a la cocina bebió un vaso colmado de su mejor "veneno", para celebrar el fausto acontecimiento.

El era el único tripulante español, aparte el capitán, que quedaría en el barco. Todos los demás se marchaban, incluso Toni, al que Ferragut obligó a partir, porque era padre de numerosa familia.

Como a tío Caragol, Ferragut dijo a Toni, exigiéndole que lo aceptara, cosa

que no pudo hacer con aquél, un chico muy importante, para que no tuviera que preocuparse más en el resto de su vida.

Con el dinero que le dio podría proporcionar buenos estudios a sus hijos y vivir holgadamente, con la tranquilidad a que le habían hecho acostumbrar su laboriosidad y honradez fundidas en el más puro crisol, con su buena esposa.

Toni no quería separarse de Ferragut. (Si le trataba como a un hermano! Pero fueron inútiles sus protestas, y hubo de obedecer, humedeciéndose los ojos...

Ferragut no olvidó tampoco a los demás tripulantes, y ordenó a Toni que les anunciase que debían abandonar al día siguiente el buque, abocándoles, al despedirlos, la paga de un año.

Y así se hizo; y al día siguiente no quedarían en el buque, de la tripulación española, más que un capitán sin alegría y un cocinero chillado con sus platos valencianos y sus bebidas que daban envidia a los propios ángeles...

Ferragut ocultaba a todos, la víspera de la despedida, quizá para siempre, su emoción. Tenía el presentimiento de que no volvería a ver más a ninguno de sus hombres.

Toni le hizo prometer que le visitaría cuando regresara a España, y deseaba que eso fuese pronto. El le escribiría a menudo... y en sus cartas le estimularía a que él también se retirase,



para vivir descamadamente con la riqueza que poseía.

Aquella tarde, Toni fué requerido por su gente para recibir a un joven oficial que acababa de presentarse a bordo. Le conocía de nombre. Era el teniente Blanes, de la Legión Extranjera, un primo de Ferragut. Descaba entrevisarse con el capitán.

Toni presentóse en el camarote de Ferragut y le anunció la llegada de su pariente.

—Le digo que pasó, ¿verdad?

El teniente Blanes era portador de una dolorosa noticia para su primo. Apenas le estrechó la mano no pudo disimular su tristeza.

—Mira — le dijo.

Le mostró un retrato de mujer, recortado de un periódico.

Ferragut no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. ¿Qué iba a contarle su primo de Freya, de la mujer que fué su amor y la causa de su ruina moral?

El teniente Blanes refirióle que había visto llevar a la espía a la prisión de San Lázaro.

Nuevamente Ferragut agitóse nerviosamente, y sin saber cómo pudo tocarlo,

hizo caer al suelo el retrato que ocupaba el puesto de honor en su mesa de trabajo, y que era de Esteban, su pobre hijo.

Ferragut recogió el retrato, sacándolo del marco, por haberse hecho añicos su cristal al caer, y tomando también en sus manos la fotografía de Freya, la siempre bella y arrogante mujer, los contempló unos momentos, y sintiendo una amargura infinita viendo al niño sonreírle, como si viviese en el retrato, destrozó furiosamente la efígie de la espía.

El teniente Blanes, sin noción exacta del mal que causaba a su primo, le había dicho, alentándole a darse por satisfecho con la compensación que la providencia le mandaba:

—Los dos habéis pagado aquel funesto amor. Tú perdiste a Esteban. A ella la fusilarán. El consejo de guerra la ha sentenciado a la última pena.

La piedad, las cenizas del amor amortiguaron el odio de Ferragut hacia la mujer que le hizo tanto daño. Mas, súbitamente, al sonreírle su hijo, se avergonzó de su debilidad, y colérico, después de destrozar el retrato de Freya, censuró a su primo el haber despertado con su visita y sus noticias, las cuales no sabía a qué sentimiento atribuir, recuerdos amargos.

Llegó a tal extremo su indignación que, dirigiéndose a la puerta del camarote, abrióla furiosamente, y dijo al joven oficial:

—¡Mirchate! ¡Mirchate! ¡No quiero  
oír hablar de ella!

Al verse solo, Ferragut respiró como  
si fuera a ahogarse, pero lo que él cre-

yera falta de aire no era más que nece-  
sidad de llorar.

Y echándose de bruces sobre la mesa  
lloró convulsamente.

## MORIR NO ES TAN HORRIBLE...

Los franceses pagaron un precio exorbitante por el *Mare Nostrum*, aceptando que continuara mandándolo su capitán español.

Ferragut era considerado como un excelente amigo de los Aliados, pero no se libró antes de severo interrogatorio por la autoridad militar a raíz de la acusación que contra él lanzara el conde Kaledine.

Era cierto que Ferragut había sido cómplice de los funcionarios secretos a las órdenes de la doctora; pero su simplicidad, gracias a la comprensión del encargado de hacer las indagaciones necesarias para condenarle como espía, fué disculpada teniendo en cuenta las circunstancias y los móviles que la crearon.

Quedó olvidado, pues, el servicio que prestara a los submarinos, y como, por la trágica muerte de su hijo, no se podía dudar lo más mínimo de su afán

de venganza, se le miraba como un hermano de armas dispuesto a todos los sacrificios por servir a Francia.

El *Mare Nostrum* llenóse de franceses, y el tío Caragol, aunque no conocía una palabra del simpático idioma, se hacía comprender.

Pronto fué célebre a bordo. Su indumentaria, sus bebidas y sus succulentos platos le captaron a los pocos días las simpatías generales.

Por su amistad con el capitán, todos le trataban de igual a igual, y el buen hombre estaba satisfecho y orgulloso de ello.

En esta vida, cada cual se defiende con lo suyo, y el tío Caragol lo hacía con sus buenos arroces.

Ferragut se había entregado por completo al olvido, pero no podía sustraerse a la visión de Preya en la cárcel, donde la infeliz esperaba su triste fin.

Cuanto más la odiaba, más la quería. La lucha que por rechazarla de su pensamiento realizaba era otro. Complacíase en lastimarse reviviendo las escenas de su conquista y se dejaba besar por la remembranza. Mas luego, como un loco, abominaba de ella y hubiese querido tenerla a su alcance para abogarla entre sus manos.

¿Qué le importaba que su muerte estuviese cercana? ¿Acaso no merecía morir, para purgar los delitos que había cometido?

¡Que muriese! ¡No podía haber piedad para sus crímenes! ¡La infame!

Entretanto, Freya esperaba sin desesperación su hora final. Sus enemigos, los que antes eran sus compañeros, pusieron en manos de la justicia francesa abrumadoras pruebas de su condición de espía. No había salvación posible.

Un notable abogado se encargó de su defensa, sofocado por el miseroso ambiente que rodeaba la actuación de la hermosa mujer.

El letrado puso a contribución todo su talento para lograr la libertad de su patrocinada; mas el fracaso fué rotundo. Los enemigos de Freya lucharon con el abogado con armas igualmente mortales, y su habilidad hubo de sufrir la humillación de la derrota.

La sentencia debía cumplirse aquella mañana.

Apenas se iniciaron en el horizonte los primeros albores del nuevo día, cuando la codiciada flor de oro que exor-

na el azulado velo del más allá aparecía tímidamente, como si se abriese su capullo con movimientos anaves bajo el baño fresco del rocío, en la prisión de San Lázaro entró por un ventano una faja de pálida luz.

Se vieron varias camas. En sus blancos edredones dormían las presas.

El rayo de luz fué a besar el lecho de una de ellas, colocado junto a la puerta del dormitorio. La presa no se despertó. Su sueño la había transportado a un mundo donde todo era amable y bueno.

Detrás de la puerta del aposento, y entrando en éste por la muralla de barrotes de hierro de su parte superior, oíanse las pisadas de los guardianes.

A poco abrióse la puerta y aparecieron varios oficiales, dos monjas, el sacerdote de la prisión y el abogado que defendió a la presa que debía ser ejecutada unos minutos después.

En una silla se hallaban ordenadamente dispuestas finas y olorosas prendas femeninas.

Los recién llegados detuvéronse frente a uno de los lados de la cama accostada por los primeros balidos del nuevo día, y uno de los oficiales hizo una seña a una monja.

La hermana de la caridad acercóse al lecho de la infeliz mujer y, con suavidades en las que la emoción podía intenso temblor, la tocó en un hombro.

La presa despertó y miró instintivamente a su alrededor.



Al ver a la monja sus labios dibujaron una sonrisa. Le estaba agradecida. Había sabido, con sus palabras cariñosas, hacerle menos dura su estancia en la cárcel.

Luego columbró a los que iban a buscarla, y sin que su sorpresa trascendiese a su rostro, les saludó con leve gesto.

El abogado, de alta testa y venerable barba, avanzó lentamente hacia la cama donde la presa se había incorporado, y, haciendo un esfuerzo para dar salida a sus palabras, murmuró:

—¡Valor, Freya! El recurso de gracia ha sido denegado.

Resignada, Freya inclinó la cabeza. Había presentido la denegación del indulto.

Y allí estaban los oficiales esperándola, para conducirla al campo de ejecución.

Debía vestirse. La sentencia se cumpliría a la hora señalada.

Como los oficiales seguían en su presencia, Freya rogó a su abogado que se retirasen.

Obedecieron los caballeros, y al quedar sola Freya saltó del lecho.

Sus movimientos tenían la misma soltura de siempre. Parecía increíble que no le infundiese pavor la idea de que iba a morir.

Las religiosas se ofrecieron a ayudarla, y con la misma coquetería de siempre Freya adornóse con sus galas.

Una de las hermanas lloraba silen-

ciosamente contemplándola tan bella, tan joven... y tan desgraciada. No la condenaba. La vida había sido cruel con ella. ¡Pobre Freya!

Llena de ternura, deseosa de aliviar sus últimos momentos, le infundía ánimo.

Freya no contestaba. A lo sumo su mano buscaba la de la religiosa y la estrechaba nerviosamente.

Cuando estuvo vestida, Freya sentóse ante una mesa y escribió una carta con pulso firme.

Pero vaciló un momento. Su pecho dilatose al ahogar un suspiro.

—¡Hija mía! — murmuró la monja.

Freya se recubrió al punto, y tranquila, como si estuviera convencida de ello, contestó a la hermana:

—Morir no es tan horrible como parece cuando se ve de lejos... Siento vergüenza al pensar en los miedos que he pasado, en las lágrimas que llevo derramadas... Resulta más simple de lo que yo creía... ¡Todos hemos de morir!

Terminó la carta, y corrándola en un sobre se la guardó para entregársela a alguien.

Una vez más en aquel momento en el dormitorio. Era un celador. Rogaba a Freya que se diera prisa, que la hora estaba próxima a caer.

Freya irguióse con su soberbia de mujer hermosa y echóse sobre los hombros su valioso abrigo, que la religiosa, cual si la hubiese estado acariciando a ella, había sostenido en sus manos, tro-

zadas, en oración, sobre su pecho.

Nada había olvidado Freya. Sus mejores galas. Sus joyas. Todas sus joyas. Quería morir como había vivido, adornando su persona con todo lo mejor que poseía.

Cuando estuvo lista, dijo a la monja:

—Muerdo como un militar: dentro de mi uniforme.

Así era, en efecto.

Un poco después se abrió la puerta de la celda y la hermosa apareció ante los militares. Todos ellos estaban visiblemente impresionados. Su temperamento de soberana galantería se rebelaba contra la monstruosidad de ver morir a una mujer.

Freya acercóse al abogado y depositó en sus manos la carta que acababa de escribir en la celda.

—Es para la persona de que he hablado a usted — le dijo.

El letrado guardóse la misiva y estrechó la mano de su patrocinada. Le prometía cumplir su última voluntad. La carta llegaría a manos del interesado.

Luego Freya, dispuesta a morir, tomó una mano de la religiosa que le demostró tanto cariño, y dijo a las que la esperaban:

—Estoy lista, señoras.



Coincidiendo con los últimos momentos de Freya, Ferragut, en el *Mare Nostrium*, contemplaba su fotografía, aquella fotografía que destrozara despiadadamente. Después de su violencia se había arrepentido y afanosamente recompuso el retrato, reuniendo los pedazos que de él hiciera.

Era singular aquella coincidencia. Ferragut no sabía que la ejecución debía cumplirse aquella mañana, y, como pre-sintiendo, le dedicaba amorosas frases.

Freya llegó en automóvil al campo de tiro de Vincennes, donde debía celebrarse la ejecución.

Al apearse del coche, acompañada de la religiosa, sorprendióse al ver lo nu-

meros que eran los testigos de su muerte. Dos compañías de soldados con todos sus oficiales ocupaban una parte de la llanura.

—¡Cuánta gente para ver morir a una mujer! — dijo.

Avanzó lentamente, rodeada del mayor silencio.

Los militares cuadráronse eórgicamente. Redoblaron los tambores.

Las trompetas lanzaron sus estridentes aúidos, y los soldados, a una, presentaron las armas.

Majestuosa como una reina, creyendo que iba a la gloria y no a la muerte, Freya avanzó, y su arrogancia la hacía aparecer más bella, más admirable.

Un oficial la colocó en el poste de ejecución y le ató las manos.

Cerca del poste, detrás de unos oficiales, había un furgín, y en él un féretro...

Un pelotón de soldados formó frente a ella, y al mando de un suboficial, redoblaron nuevamente los tambores y entonaron su himno glorioso las trompetas.

Freya se estremeció, pero esta vez de espanto. Las bocas de los fusiles,

convergiendo en el corazón de la hermosa, iban a enviarle la muerte.

Gritó. No quería morir. Recalaron unas lágrimas sobre sus demacradas mejillas...

Y un instante después Freya no cantaba.





Llevando un cañón a popa, telegrafía sin hilos y tripulado por hombres de la reserva marítima francesa, el *Mare Nostreum* salió con destino a Salónica.

Al llegar a determinado lugar dijo Ferragut a un oficial:

—Aquí es donde esperan muchas veces los enemigos. Si no tenemos un mal encuentro antes de la noche, habremos terminado perfectamente nuestro viaje.

La noche estaba oscura. Una lluvia fuerte, fría, azotaba los rostros de Ferragut y del oficial.

Ferragut dejó de guardia al oficial con quien hablara y regresó a su camarote. Al entrar en él encontró a tío Caragol, que hacía un momento que lo estaba esperando.

—¿Qué pasa, tío Caragol? — preguntóle.

—Tenga usted. He venido a entregarle estas cartas. Las tiraron a bordo, con los periódicos, momentos antes de que saliéramos.

Ferragut sentóse ante su mesa de trabajo y fué tomando conocimiento de

las cartas. Una de ellas le sobresaltó. Conocía la letra. Era de Freya. Rasgó el sobre con precipitación, desdobló el escrito y leyó, devorando las palabras, la despedida que ella le mandaba a la hora de la muerte:

*Adiós, Ulises, ya no me verás... Voy a morir...*

*Moriré amándote, pensando que más allá de la muerte hemos de encontrarnos, quién sabe dónde, quién sabe cómo Ulises, dueño mío, hasta luego.*

*Freya.*

Un escalofrío corrió por todo su ser. Sintió herido su corazón, y le pareció que iba a llorar como un niño. ¡Muerta! ¡Su Freya! Sabía que eso debía ocurrir, y había juzgado que era justo que muriese. Pero ahora... ahora que el hecho estaba consumado, revolvíase contra sí y se censuraba su crueldad. La lucha de los dos amores, ella, su Freya, y Esteban, su hijo adorado, le atormentaba nuevamente. ¡Oh, basta! ¡Hasta

¿cuándo duraría aquel suplicio! Debes olvidarla. Sí. Bien muerta estaba.

Pero era lo cierto que Ferragut deseaba dormirse profundamente para no sufrir más. Su vida estaba rota. No le importaba el dinero ni le importaba nada. Pero no. No quería morir. Debía vengarse insaciablemente.

Un submarino seguía al buque. Los franceses no lo sospechaban. Estaban seguros de llegar a buen puerto.

Pero el peligro era inminente.

El comandante del sumergible espía por el ojo del periscopio los movimientos del *Mare Nostrum*, y repentinamente dictó una orden:

—¡Fuego!

Un proyectil partió hacia el buque codiciado, alcanzándole certeramente.

Ferragut reunióse con su gente y rugiendo como un león dió órdenes para derribar al enemigo.

Dispararon sobre él, pero alcanzado nuevamente, el *Mare Nostrum* estaba perdido. Se hundía. Todos iban a perecer.

Haciendo un esfuerzo gigantesco, Ferragut se aferró a una última esperanza alcanzando el cañón de popa.

Satisfecho, sonriente, el comandante del sumergible rayó en su lista de buques navegando por aquellas aguas, el nombre del *Mare Nostrum*.

Pero se había precipitado. El cañón de popa del buque torpedeado estaba intacto, y Ferragut lo disparó contra el submarino. El proyectil se incrustó en la mole de acero, hiriéndola mortalmente.

La tripulación aullaba buscando la salida.

La severa disciplina desapareció al mostrar sus descarnadas fauces la muerte.

Pero nadie se salvó.

Los tripulantes del *Mare Nostrum* perecieron también, sin que los santos de la devoción del tío Caragó hubieran podido prestarles auxilio.

Ferragut hundíase en las aguas, como empujado por una fuerza extraña, y le pateció, a medida que iba hundiéndose, que una mujer irresistiblemente hermosa salía a su encuentro, hasta acogerlo en sus brazos, estrechándolo contra sus palpitantes senos.

Luego sintió sobre sus labios un beso y reconoció a la diosa.

Era Anfítrita.

FIN

MUY INTERESANTE

---

RECOMENDAMOS

con especial interés a nues-  
tros lectores la adquisición  
de la grandiosa novela

MARE NOSTRUM

---

original del insigne nove-  
lista

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

y editada por

EDITORIAL "PROMETEO"

A P A R T A D O 130

// VALENCIA //

---

En venta en todas las librerías de España y extranjero

# De interés para nuestros lectores



Ha llegado a España una preciosa Revista americana de Cinematografía, de cuya distribución ha sido encargada

## La Novela Semanal Cinematográfica

Llegado el primer número, correspondiente al mes de diciembre, apenas puesto a la venta quedó agotado. Se halla ahora en venta el número correspondiente al mes de enero.

Retenga su título y apresúrese a comprarlo

# FILMS

Le interesa saber que con su apoyo, la Revista americana FILMS será la mejor revista, pues en cada número vendrán nuevas reformas y mayores y más interesantes novedades.

MAE MURRAY escribe dos páginas de moda: las mejores estrellas, las mimadas del público, las creadoras de elegancias, colaborarán en dicha revista.

## APOYE, RECOMIENDE FILMS

Precio de venta: UNA PESETA

Suscripción: 10 pesetas año

Mande su suscripción y giro a La Novela Semanal Cinematográfica,  
Via Layetana, 42 - BARCELONA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

---

**PRÓXIMO NÚMERO: (MUY EN BREVE)**

## SIN FAMILIA

Sentimental novela de gran intensidad dramática, interpretada por el pequeño actor **LESLIE SHAW**, creador del rôle de **PANFAN** en *Los dos pilluelos*.

**La película que ligará al corazón de las multitudes**  
**LA NOVELA QUE DEBEN LEER TODAS LAS MADRES**

---

**OTROS LIBROS EN PREPARACIÓN**

## NANTAS, el hombre que se vendió

Sublime creación del gran actor francés **DONATIEN**  
y de la bellísima vedette **LUCIENNE LEGRAND**.

**Novela de gran interés**

---

**Siempre asuntos escogidos y de gran emoción**

# **COLECCIONE USTED**

LOS SELECTOS LIBROS DE LAS  
**EDICIONES ESPECIALES**

DE

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

**LIBROS PUBLICADOS:**

### **LA VIUDA ALEGRE**

por Mae Murray, John Gilbert y Royd'Arcy

### **EL GRAN DESFILE**

por John Gilbert y Renée Adorée

### **MIGUEL STROGOFF**

#### **O EL CORREO DEL ZAR**

por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.

### **LA PRINCESA QUE SUPO AMAR**

por Huguette Duflos y Charles de Roche

### **EL COCHE N.º 13**

Versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montépis

Creción de la gentil artista Lili Damita

### **MARE NOSTRUM**

por Alice Terry y Antonio Moreno

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

**Si es Vd. amante**

de las publicaciones que son un dechado de buen gusto por el derroche de ilustraciones, novelas, preciosas fotografías, buenas calidades de papel, &c. &c. no dejará usted de adquirir el lujoso

## **NÚMERO-ALMANAQUE**

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica  
para 1927**

con el que se obsequia a todos los compradores con un precioso ALBUM para coleccionar las postales que LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA ha incluido en sus novelas durante el año 1926.

Dicho NÚMERO-ALMANAQUE contiene, entre otras cosas, los argumentos profusamente ilustrados de:

LOS MISERABLES, de Victor Hugo

EL AGUILA NEGRA, por Rodolfo Valentino;

CON GRACIAS A PORFÍA, por George O'Brien;

EL PIRATA NEGRO, la última creación del tan estimado Douglas Fairbanks;

LA NIÑA DE FLORIDA, por Bobé Daniels.

Interesantes informaciones sobre la temporada cinematográfica actual.

32 páginas en costoso papel *couché*, conteniendo 32 fotografías de famosos artistas de la pantalla, tiradas a bicolor y rodeadas de preciosa orla tirada en oro.

Todo lo cual, junto con la inimitable portada a varias tintas, convierte en realidad la promesa de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA de que su NÚMERO-ALMANAQUE para 1927 constituiría una verdadera OBRA DE ARTE y el

**MAYOR ÉXITO EDITORIAL DEL AÑO**

¡Lea Vd. los elogios unánimes de toda la prensa!

## COLECCIONE USTED

LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

### Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

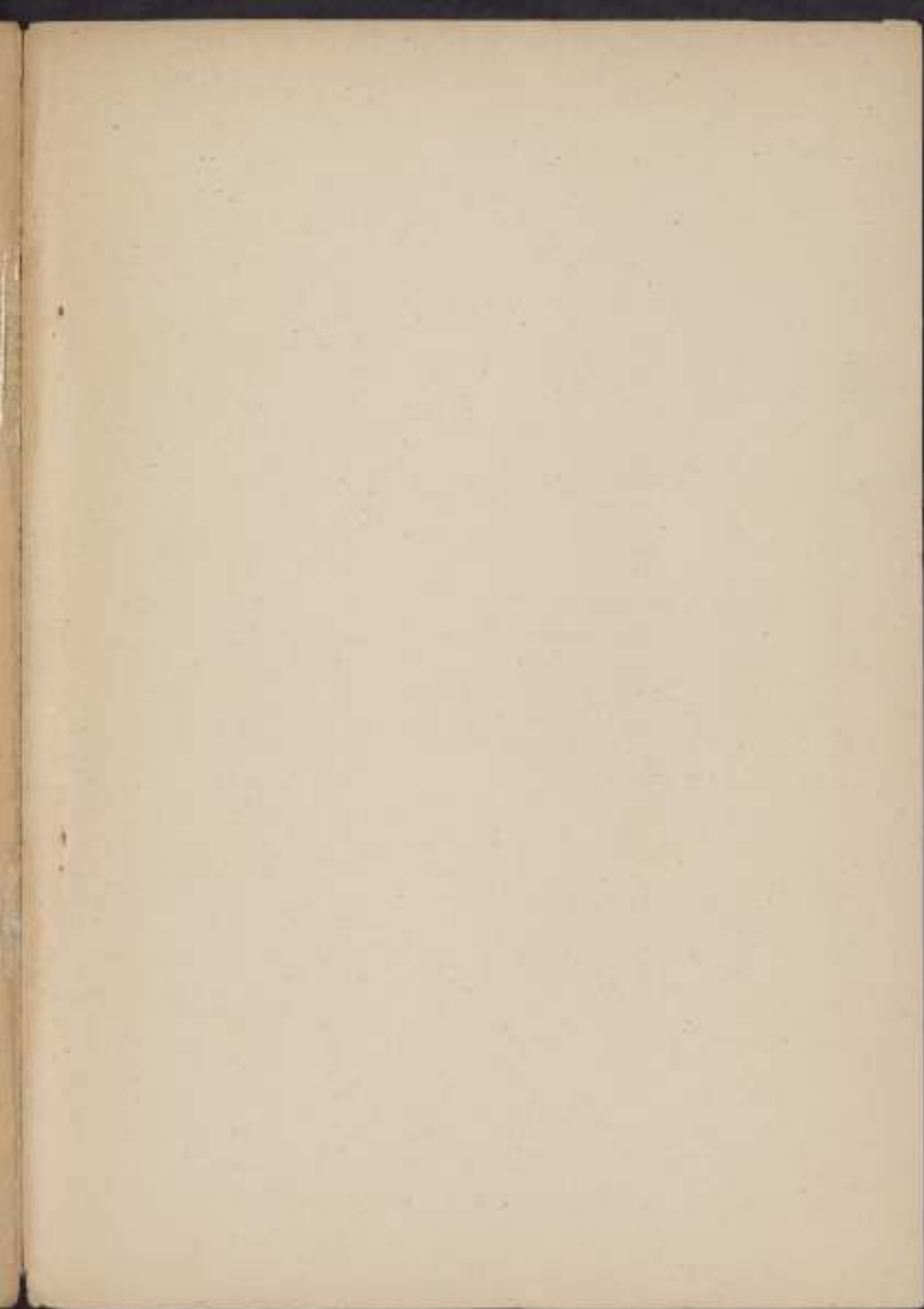
*Los Hijos de Nadie. El tiempo de la mujer. El cristiano de Zorba. El joven Medardo. Los amigos de la mujer. La mujer de París. El Correo de París. La hija de Cyrena. La Bergamote. La mujer a mujer. La Hermana Blanca. El milagro de los niños. El París... El Vengador de la mujer.*

**Precio de cada libro: UNA PESETA**

*Caras de Ultramar. Mónica, Emperador. Los cruceros negros. El que recibe el béisbol. Ramona. Janice Meridit. El Paderno de la Guerra. El niño corués. El Caid. Matana San-Gil. Andrea. Cuando las mujeres aman. El Castillo Rojo. Más fuertes que tu amor. La... Demasiadas mujeres. Nobleza lastimera. Genios de Odo. El Raja de Diermager. El asistente Matia Pascal. La marca de fuego. Los Hijos de Nadie. Escudor de la vida. La 1ª mujer de Barba Azul. El hijo de la Victoria. El proceso de Nan y Pradon. Justicia gitana. La Princesa de París. El abismo de Lady Windermere. Por la patria. Amor de Padre. El culto al ambalante de Gervais. Jock. El Guardia Marina. Hoy. La mujer del amor. Bajo el signo de Nudo-Carlin. La Barrica. La Revolución. Maternidad. Los niños del Hospital. El niño sacrificado. La valle del abismo. ¿Ohan tener hijos los pobres? Guerreros. Rosa de Lavandero. El Truculentos. El hijo prodigo. El mundo perdido. La novia fugida. El marino. La poesía de una mujer. La que no sabe amar. Modestia.*

**Precio de cada libro: 50 céntimos**







PRECIO: **1<sup>50</sup>** PESETAS